

FAMILIA Y DESARROLLO HUMANO EN EL SIGLO XXI. REVISIÓN DE LA LITERATURA INTERNACIONAL Y ALGUNOS APUNTES PARA EL CASO ARGENTINO

Mariano Tommasi, María Edo, Agustina Thailinger
(Centro de Estudios para el Desarrollo Humano, Universidad de San Andrés)

Primera versión: Mayo 2021
Esta versión: Mayo 2021

Documento de Trabajo N° 152
Departamento de Economía
Universidad de San Andrés

*Vito Dumas 284, B1644BID, Victoria, San Fernando,
Buenos Aires, Argentina
Teléfono 4725-7020
Email: economia@udesa.edu.ar*

Familia y desarrollo humano en el siglo XXI.

Revisión de la literatura internacional y algunos apuntes para el caso argentino

Mariano Tommasi, María Edo y Agustina Thailinger¹

(Centro de Estudios para el Desarrollo Humano, Universidad de San Andrés)

Resumen

En las últimas décadas, las tendencias observadas con la segunda transición demográfica se han visto aceleradas para todos los grupos poblacionales: reducción en la fertilidad; caída en las tasas de matrimonio e incremento en las tasas de cohabitación, separación y divorcio; desconexión entre la procreación y la unión legal; aumento de la concepción de los hijos por fuera del matrimonio. Estos patrones no han sido homogéneos en la población: la evidencia empírica permite apreciar un gradiente socioeconómico marcado, con raíces y dinámicas muy diferentes en cada caso. Este trabajo tiene por objetivo explorar los efectos de diversas características y estructuras familiares sobre el desarrollo de los niños y jóvenes. Con tal propósito, se analizará literatura internacional de múltiples disciplinas, intentando orientar la mirada empírica hacia los casos (menos estudiados) de América Latina y en particular, de la Argentina. A pesar de que la evidencia recogida en este trabajo es muy sugestiva, múltiples estudios son necesarios para avanzar en la comprensión de las estructuras de los hogares en distintos segmentos socioeconómicos y su efecto sobre el desarrollo y el bienestar de las personas.

I. Introducción

La literatura moderna sobre el desarrollo humano proveniente de múltiples disciplinas, desde las neurociencias hasta la economía, señala que, dada la dinámica de acumulación de habilidades y patrones biológicos de desarrollo, cuanto más temprano en el ciclo de vida de las personas se invierte en aumentar y equiparar habilidades, mayores las probabilidades de desarrollo humano y movilidad social.² La primera infancia, así como la adolescencia y los primeros años de la juventud, son momentos cruciales en el desarrollo de competencias y habilidades para el resto de la vida. Una importante corriente de pensamiento en los ámbitos internacionales de desarrollo enfatiza la importancia de las políticas públicas

¹ Agradecemos la excelente asistencia de investigación de Facundo Pernigotti. Agradecemos también valiosas conversaciones con Catalina Wainerman que nos impulsaron a adentrarnos en estos temas. Por último, agradecemos también los valiosos comentarios y sugerencias de Amelia Gibbons.

² Ver por ejemplo la síntesis desde la perspectiva económica en Heckman y Mosso (2014).

de primera infancia y adolescencia y juventud, con particular foco en los niños y jóvenes de contextos más vulnerables.

Pero “más acá” de las políticas públicas, el desarrollo temprano de todas las personas suele estar enmarcado en su contexto social más cercano; es decir, en la familia. La familia es el primer ámbito del desarrollo humano, y también el primer ámbito de desigualdad. Es por ese motivo que el estudio de este ámbito es fundamental en una agenda que pretenda entender algunos de los mecanismos de reproducción de la pobreza, y más generalmente los mecanismos del desarrollo humano.

Este documento pretende dar un paso en dicha dirección, con énfasis en los efectos que diversas características y estructuras familiares tienen sobre el desarrollo de los niños y jóvenes. Con tal propósito, el trabajo se sumerge en una literatura internacional de múltiples disciplinas, intentando orientar su mirada empírica hacia los casos (menos estudiados) de América Latina y en particular de la Argentina. El objetivo es recorrer las transformaciones operadas en las estructuras familiares en las últimas décadas, con particular énfasis en las diferencias de estas trayectorias entre familias de distintos estratos socioeconómicos.

Se recorre una literatura proveniente en buena parte de la sociología y, dado el sesgo disciplinar de los autores, se la lee con una mirada económica, que presta particular atención a cuestiones de identificación causal en la interpretación de los resultados.

Anticipando lo que veremos en este recorrido, se documenta el hecho de que las familias están cambiando (en los países avanzados, en América Latina y en Argentina); que dicho cambio parece reforzar patrones divergentes de formación y duración de parejas y de fecundidad entre personas de alto y bajo nivel económico y educativo; y que dichas diferencias de contexto para la crianza de los hijos parecen ser un factor importante en el desarrollo de los niños y en la reproducción de las desigualdades sociales.

Otro hallazgo importante es que existen grandes lagunas en el conocimiento teórico y empírico, lagunas que son relativamente mayores para países de América Latina y en particular para la Argentina.

El trabajo está organizado de la siguiente manera. En la Sección II se realiza una breve revisión de la literatura de las características de la segunda transición demográfica y los factores detrás de los cambios demográficos que la misma trajo aparejados. En la Sección III se presenta evidencia empírica del gradiente socioeconómico existente en términos de estructuras familiares, tanto para el mundo desarrollado como para otros países, haciendo énfasis en el caso de Argentina. En la Sección IV se revisa la evidencia empírica existente en términos de asociaciones entre los cambios en las estructuras familiares consecuencia de la segunda transición demográfica y el desarrollo y bienestar de los niños. La Sección V concluye.

II. Las familias están cambiando

El concepto de “segunda transición demográfica” es propuesto por Lesthaeghe y van de Kaa en el año 1986 para hacer referencia a los cambios demográficos observados a partir de las décadas del 50’ y del 60’ en países europeos con bajas tasas de fertilidad. Aunque en un principio el término fue utilizado para estudiar los cambios en las estructuras familiares en Europa exclusivamente, con el tiempo comenzó a aplicarse también a otras naciones industrializadas, como Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, generalizándose luego a los países asiáticos y de América Latina (Zaidi y Morgan, 2017). De

acuerdo a estos autores, la segunda transición demográfica implicó fuertes cambios, que incluyeron fenómenos tales como la reducción sostenida en la fertilidad, la aparición de nuevos arreglos habitacionales más allá del matrimonio –con un notable incremento en las tasas de cohabitación, separación y divorcio–, la desconexión entre la procreación y la unión legal, y el aumento de la concepción de los hijos por fuera del matrimonio (Lesthaeghe, 2010; van de Kaa, 1987).

Hasta ese momento, la concepción tradicional del matrimonio implicaba para la mayoría, especialmente para las parejas de mayores ingresos, una especie de contrato o compromiso de por vida entre un hombre y una mujer que incluía una división marcada del trabajo entre géneros: mientras el primero trabajaba y proveía los ingresos necesarios para la manutención del hogar, la segunda contribuía con los quehaceres domésticos y el cuidado de los hijos. El divorcio era costoso, infrecuente, y no era socialmente aceptado, así como tampoco lo eran la cohabitación y la concepción y crianza de los hijos por fuera de la unión legal (Lundberg, Pollak y Stearns, 2016).

Es este paradigma de familia, correspondiente al período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el que Gary Becker intentó reflejar y racionalizar a través de su modelo económico del matrimonio en la década del 70' (Lundberg et al., 2016). Las ganancias esperadas del enlace provenían específicamente de la producción familiar (*household production*), es decir, de las economías de escala y los retornos de la especialización que el matrimonio permitía. En modelos como el de Becker, los individuos considerando casarse comparaban la utilidad esperada del matrimonio con aquella correspondiente a permanecer solteros, y la cohabitación no era nunca considerada como una alternativa válida (Lundberg et al., 2016).

Con la segunda transición demográfica esta concepción tradicional de la pareja y la familia comenzó a modificarse, especialmente en las regiones más desarrolladas, como Estados Unidos y Europa. Para las familias modernas las complementariedades de producción comenzaron a decrecer en importancia, al mismo tiempo que los beneficios del matrimonio y/o la cohabitación pasaron a concentrarse en el consumo conjunto de bienes públicos para el hogar y los placeres del tiempo de ocio compartido (Stevenson y Wolfers, 2007).

De acuerdo a van de Kaa (1987, 2001) y Lesthaeghe (2010), estas nuevas tendencias demográficas fueron impulsadas principalmente por el cambio social y cultural hacia actitudes y normas posmodernas, particularmente aquellas enfatizando el individualismo y la autorrealización. Así, mientras que la caída en la fertilidad de la primera transición demográfica³ fue atribuida a la “concepción preventiva”, es decir, a la reducción en el tamaño de las familias en favor de alcanzar una mejor situación socioeconómica y/o incentivar una mayor movilidad intergeneracional, durante la segunda transición, la caída y el aplazamiento de la fertilidad respondieron principalmente a objetivos de autorrealización individual, lo que fue respaldado por las nuevas tecnologías de anticoncepción. En este sentido, Sawhill (2014) observa una caída en la fertilidad en todos los países en donde las mujeres ganaron acceso a la educación y dejaron de considerar a la maternidad como la única fuente de identidad o validación.

Así, elementos tales como el fortalecimiento de la mujer en el mercado de trabajo; los cambios observados en términos de las características de esta participación, la cual deja de ser considerada como

³ La primera transición demográfica hace referencia a la caída en las tasas de fertilidad y mortalidad observadas a finales de la primera mitad del siglo XX, las cuales fueron acompañadas por un período intermedio de crecimiento apresurado de la población causado por el descenso rápido de la mortalidad en un período anterior. Estos cambios fueron motivados por la industrialización, el desarrollo económico y la modernización, elementos que contribuyeron a incrementar la probabilidad de supervivencia de los niños, aumentando así su costo para los padres y motivando la reducción en el tamaño familiar (Zaidi y Morgan, 2017).

secundaria⁴; las mayores inversiones en educación por parte de ambos sexos; y la reducción en la brecha de ingresos entre hombres y mujeres, son algunos de los factores que motivaron los cambios demográficos mencionados, con consecuencias fundamentales en los vínculos sociales.

Si bien en los países menos desarrollados también se observan patrones similares, algunos autores plantean que los factores incentivando estos cambios en dichos países son diferentes a los observados para las regiones más desarrolladas. Por ejemplo, en América Latina, en contraste con la situación europea y de otros países más avanzados, la cohabitación como alternativa al matrimonio no es una tendencia moderna y sus niveles han sido históricamente altos (Rodríguez Vignoli, 2004).

De acuerdo a la literatura, una posible explicación es el modelo nupcial presente en la región, el cual está relacionado con el mestizaje entre indios y españoles (Castro, 2001). La imposición del matrimonio católico por parte de la iglesia y el poder colonial, las limitaciones para materializarlo en algunos casos a causa de la situación de conflicto, la debilidad institucional y las restricciones eclesiásticas a los matrimonios interétnicos, la resistencia de los indígenas a abandonar sus propias prácticas nupciales, las barreras culturales y lingüísticas entre conquistadores e indígenas (De Vos y Quilodrán, 1998, 2001 citados en Rodríguez Vignoli, 2004) y la elevada relación de masculinidad de los conquistadores, son algunos factores que se plantea contribuyeron a la formación de un híbrido, en donde parte de la población fue excluida del ritual del matrimonio oficialmente reconocido (Rodríguez Vignoli, 2004). Sin embargo, no por ello fueron también relegados de su comunidad o el poder central (Rodríguez Vignoli, 2004). En estos casos, la ausencia de la ceremonia formal o del contrato legal no imposibilitó a los individuos del reconocimiento social de la unión, ni tampoco condicionó su comportamiento en términos de la concepción, lo que fue profundizado luego por los cambios sociales y culturales de la postmodernidad (Castro, 2002). La literatura también indica elementos como la fragilidad del estado y las dificultades en la gestión administrativa en la región, lo que complejizaba el proceso y ponía en tela de juicio las posibilidades de aplicación del contrato matrimonial.

Una segunda línea explicativa de las históricamente altas tasas de cohabitación en América Latina es la económica, relacionada con los costos inmediatos y de largo plazo que supone la formalización de la unión -trámites, celebraciones, transferencias de recursos y herencia- (Rodríguez Vignoli, 2004). Siguiendo a Castro (2002), en el caso de los países de América Latina, y especialmente entre aquellos individuos de bajos ingresos o nivel educativo, la cohabitación se establece como un sustituto directo al matrimonio.

Así, mientras que para las sociedades occidentales más avanzadas los cambios demográficos centrales de la segunda transición suelen describirse como consecuencias directas de las tendencias individualistas y de búsqueda de autorrealización individual características de la etapa postmoderna, en América Latina patrones demográficos como la cohabitación parecieran estar lejos de reflejar este tipo de cambios, y sus raíces estarían más relacionadas con tradiciones étnicas, niveles de pobreza y exclusión social (García y Rojas, 2002).

Más adelante, fenómenos tales como las recurrentes crisis económicas, el crecimiento económico desigual y la inequidad social se sumaron a los factores anteriormente descriptos, obligando a muchas

⁴ Siguiendo a Goldin (2006), no sólo la participación de las mujeres en la fuerza laboral se vio incrementada en los países más desarrollados, sino que además esa participación tuvo más tarde características particulares: las mujeres dejaron de ser consideradas como trabajadoras secundarias, con lo que comenzaron a pensar en sus carreras como parte de su identidad personal y a tomar decisiones con respecto a su vida laboral, entre otras cosas, incrementando sus inversiones en capital humano. La autora denomina estos cambios como “revolución silenciosa”.

mujeres a introducirse en el mercado laboral cuando sus parejas no encontraban oportunidades para hacerlo y profundizando el debilitamiento del modelo de familia centrado en la autoridad patriarcal, la división del trabajo en el hogar y el hombre como único proveedor. Así, la noción del matrimonio como única estructura socialmente aceptada para la concepción y crianza de los hijos comienza a debilitarse (Wainerman, 2005; Cerruti y Binstock, 2009).

Más aún, para los países latinoamericanos la situación de las mujeres en el mercado laboral pareciera seguir una tendencia bastante diferente a la observada en los países más desarrollados. En este sentido, mientras que las brechas educativas entre hombres y mujeres se han reducido sustancialmente en la región, o incluso se han eliminado en algunos casos, aún no se ha podido garantizar la igualdad de géneros en términos del mercado laboral, y especialmente para las mujeres casadas de los sectores más vulnerables, aún permanece la noción de la mujer como trabajadora “secundaria” (Gasparini y Marchionni 2017; Marchionni, Gasparini y Edo 2019).

III. Destinos divergentes

A pesar de que en las últimas décadas las tendencias observadas con la segunda transición demográfica se han visto aceleradas para todos los grupos poblacionales, la evidencia empírica permite apreciar un gradiente socioeconómico marcado en los patrones de matrimonio, fertilidad, divorcio y estabilidad de las familias. En este sentido, se evidencia una fuerte correlación entre el nivel socioeconómico y las características y estructuras de los hogares, con raíces y dinámicas muy diferentes en cada caso.

En su trabajo del año 2004, Sara McLanahan observa la ocurrencia de estos cambios para Estados Unidos, y concibe la idea de destinos divergentes. De acuerdo a la autora, las fuerzas impulsando la segunda transición demográfica estarían determinando dos trayectorias sumamente diferentes para las mujeres de distintos niveles socioeconómicos. Mientras que aquellas con mayores recursos y oportunidades estarían siguiendo un camino asociado a la postergación de la maternidad y el aumento de la participación femenina en el mercado laboral, las menos educadas y de menores ingresos parecieran transitar un camino relacionado con el divorcio y el embarazo fuera del matrimonio; y mientras que el primero de estos caminos está fuertemente asociado con la ganancia de recursos, el segundo está relacionado con la pérdida. Así, estas tendencias estarían contribuyendo a la existencia de una fuerte divergencia en los destinos de unas y otras madres y, en particular, de sus hijos.

Asimismo, esta situación se habría visto reforzada con las tendencias de *positive assortative mating*⁵ observadas en las últimas décadas, es decir, el aumento en la probabilidad de que un individuo esté en pareja con otra persona con características socioeconómicas y educativas similares. Este fenómeno se vio fuertemente incrementado en Estados Unidos entre 1960 y 1990, e implicó que los hijos de las mujeres en el quintil más alto de la distribución sean más propensos hoy que en el pasado a tener padres también en el quintil más alto, y viceversa (Mare, 1991). En este sentido, mientras que en 1970 37% de los hombres estadounidenses graduados de la educación superior estaban casados con mujeres con el mismo nivel educativo, ese porcentaje aumentó a 71% en 2007 (Taylor et al., 2010). Ganguli, Hausmann y Viarengo (2014) encuentran que el emparejamiento selectivo creció a través de los años también en América Latina,

⁵ El concepto de *positive assortative mating* fue formalizado por primera vez por Becker (1981) con su modelo económico del matrimonio, a través del cual el autor establece que los individuos se casarían con sus semejantes cuando sus rasgos se complementasen -estilo de vida, atractivo, religión- (Schwartz, 2013).

aunque este incremento fue menos marcado que el evidenciado en Estados Unidos. Asimismo, para Argentina entre 1980 y 2014, Gabrielli y Serio (2017) observan que existe una correlación positiva y significativa entre el nivel educativo de los hombres y el de sus esposas.

A continuación, se realizará una descripción de la evidencia empírica existente acerca de los patrones demográficos señalados en la sección anterior, con particular énfasis en los gradientes socioeconómicos de dichos patrones. Se mostrará evidencia para distintas regiones y países, partiendo por Estados Unidos y Europa, pasando por América Latina, y tratando de aterrizar en el caso argentino. En este último caso, además de revisar la literatura preexistente, se presenta información empírica novedosa.

III.1. Matrimonio y cohabitación

A pesar de que en la mayoría de los países se ha observado una caída en las tasas de matrimonio y un aumento en la cantidad de parejas que cohabitan para todos los grupos poblacionales, estos cambios presentan un gradiente educacional marcado: mientras que las parejas más educadas son, en promedio, más propensas a casarse y menos propensas a cohabitar, lo contrario ocurre con las menos educadas. Esto se constata no sólo para Europa y Estados Unidos (Carlson, 2018; Perelli-Harris y Lyons-Amos, 2016) sino también en América Latina (Esteve y Flores-Paredes, 2018).

En este sentido, y en línea con lo mencionado en el apartado anterior, algunos autores en Estados Unidos plantean que las parejas más educadas continuarían utilizando el matrimonio como un mecanismo de compromiso que facilita las inversiones conjuntas en los hijos y en el hogar, y que el aumento en la cohabitación formaría parte de un patrón de retraso del matrimonio y la concepción de manera de acomodar un período más extenso de educación, facilitado por la generalización de métodos anticonceptivos y por los cambios en las normas sociales en términos del sexo antes del matrimonio (Copen, Daniels, y Mosher, 2013).

Por su parte, en el caso de las parejas de menor nivel educativo y menores ingresos, las inversiones en el hogar y en los hijos suelen ser menos factibles, por lo que la probabilidad de que estos individuos convivan en lugar de casarse es mayor (Lundberg et al., 2016). Siguiendo a McLanahan (2004), para las mujeres de los estratos más bajos en Estados Unidos, las promesas de una nueva identidad y del uso de nuevas tecnologías anticonceptivas que trajo aparejados el cambio en el *mainstream* social de la segunda transición demográfica tuvo en general un valor inferior, ya que éstas tenían pocos incentivos para posponer la concepción y seguir una carrera en el mercado de trabajo. Asimismo, la fuerte disminución observada en los salarios reales de los hombres con menor nivel educativo en los países más desarrollados -en comparación con los de sus pares más educados, pero especialmente con los de las mujeres en general-, y en consecuencia, la reducción en la brecha salarial entre hombres y mujeres de menores ingresos, contribuyeron también a la tendencia de las parejas menos educadas a cohabitar en lugar de casarse, ya que las ganancias potenciales de la división del trabajo entre géneros dentro del hogar se vieron reducidas (Autor y Wasserman, 2013; McLanahan, 2004).⁶

⁶ A partir de finales de la década del 70' tanto en Estados Unidos como en otros países industrializados, el patrón de evolución de los salarios evidencia un gradiente educativo, sumamente marcado en el caso de Estados Unidos y Gran Bretaña y más modesto para países como Australia, Canadá, Japón y Suecia; es decir que mientras que los ingresos de los individuos más educados y con más habilidades se vieron incrementados, los de aquellos con menor nivel de educación disminuyeron en comparación con los de sus pares en el pasado (Katz y Autor, 1999; Heckman y Masterov, 2007).

En el caso de Estados Unidos en particular, se encuentra que mientras que en 1995 sólo 35% de las mujeres entrevistadas en el marco de la Encuesta Nacional del Crecimiento de la Familia (*National Survey of Family Growth*) había cohabitado con su primera pareja, entre 2006 y 2010 este porcentaje aumentó a 48% (Copen et al., 2013). Algo similar encuentra Manning (2013), quien observa que hacia comienzos de los años 2000 60% de las mujeres entre 19 y 44 años había convivido en algún momento de su vida, en comparación con el aproximadamente 33% observado a finales de la década del 80'. Por su parte, siguiendo a Lundberg et al. (2016), hacia el año 2016, el 27% del total de parejas cohabitando no estaba casada.

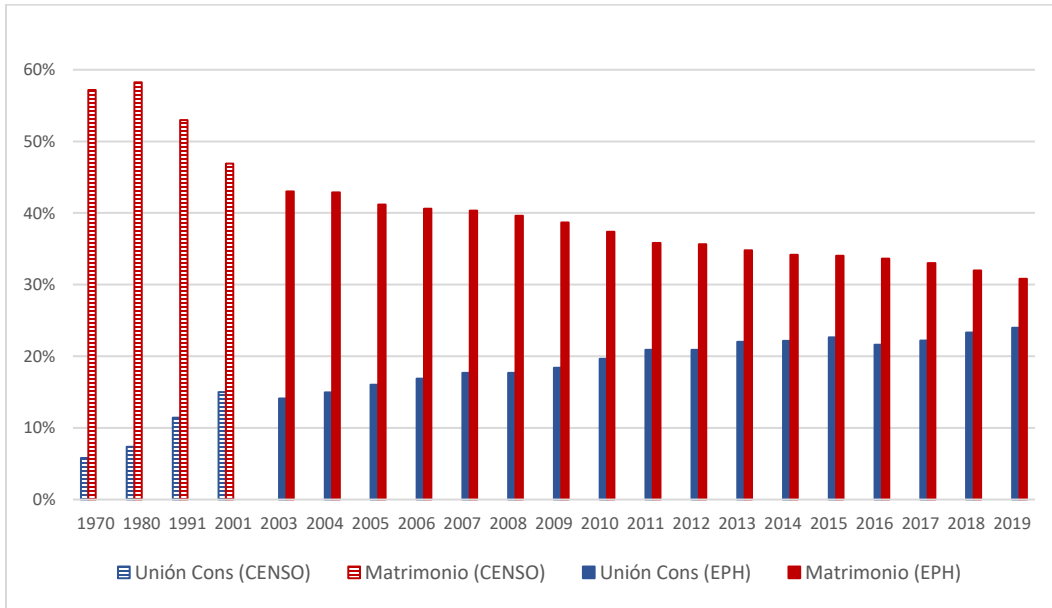
En cuanto al gradiente educativo, para el año 2010 las tasas de unión legal para graduados universitarios estadounidenses eran 12 y 17 puntos porcentuales mayores respecto a las de aquellos individuos que habían empezado, pero no habían concluido el nivel universitario y a aquellos que sólo habían completado el nivel secundario respectivamente (Lundberg et al., 2016). Algo similar plantean Copen et al. (2013), quienes encuentran que en el periodo transcurrido entre los años 2006 y 2010, mientras que 70% de las mujeres menos educadas había cohabitado con su pareja en su primera unión, sólo 47% de sus pares más educadas lo había hecho. Asimismo, estos autores también observan que las parejas estadounidenses de mayores ingresos son más propensas a transicionar rápidamente de la cohabitación al matrimonio y no suelen convivir por más de tres años.

Estas tendencias parecen replicarse en otros países occidentales (Austria, Bélgica, Bulgaria, Estonia, Francia, Italia, Lituania, Holanda, Noruega, Polonia, Rumania, Rusia, España, Gran Bretaña), en donde también se encuentran asociaciones positivas entre el nivel educativo y el retraso en el matrimonio (Perelli-Harris y Lyons-Amos, 2016).

Algo similar se observa también en el caso de América Latina, en donde a pesar de que las uniones informales se han vuelto tendencias usuales, el matrimonio sigue predominando entre las parejas más educadas (Esteve y Florez-Paredes, 2018). En este caso, los mayores niveles de cohabitación se dan en las regiones no andinas de los países andinos -Colombia, Venezuela, Perú, y Ecuador-, seguidos de Uruguay y América Central (Esteve y Florez-Paredes, 2018). Tanto en Chile como en Uruguay, países en donde la convivencia fuera del matrimonio solía ser infrecuente, el fenómeno más que se duplicó en la primera década del nuevo milenio entre la población joven (Cerrutti y Binstock, 2009). En el caso de México, la incidencia de los matrimonios entre los jóvenes de entre 20 y 30 años pasó de 40% a 27,9% en las últimas décadas, mientras que la cohabitación se incrementó de 15,2% a 23% (Amadeo, 2019).

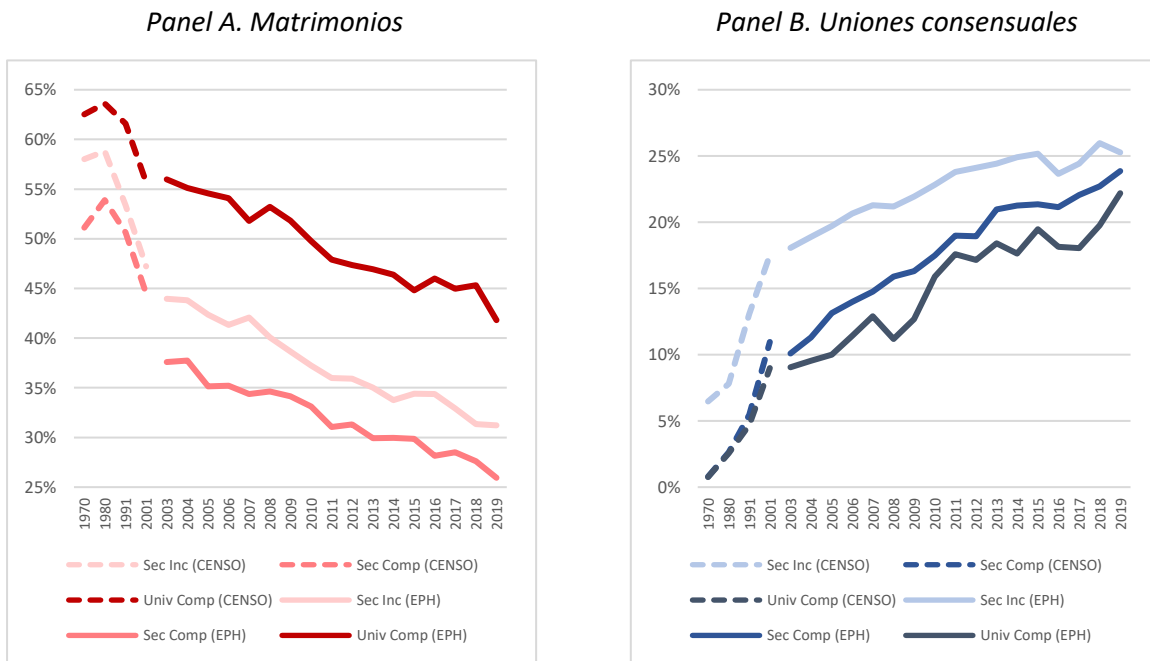
Para el caso argentino, la Figura 1 permite observar que en el periodo que transcurre entre 1970 y 2018 la cantidad de individuos casados en el total de población mayor a 18 años disminuye de 57% a 31%, mientras que lo contrario sucede en términos de la cohabitación, que aumenta su participación de 6% a 24%. Por su parte, en la Figura 2 es posible observar el gradiente educativo de estas dos tendencias demográficas: mientras que la cantidad de individuos casándose y cohabitando disminuye y aumenta respectivamente para todos los grupos poblacionales, los más educados se casan más y cohabitan menos en todos los años, y lo contrario sucede con los menos educados (secundaria completa o menos).

Figura 1. Evolución de matrimonios y uniones consensuales en el total de población mayor de 18 años. Argentina, 1970-2019.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda y Encuesta Permanente de Hogares.

Figura 2. Evolución de estructuras familiares según nivel educativo. Argentina, 1970-2018.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda y Encuesta Permanente de Hogares.

III.2. Estabilidad de las uniones. Separación y divorcio

Tal como se mencionó en la primera sección, las separaciones y divorcios muestran una tendencia creciente en todo el mundo. Sin embargo, la misma no es homogénea, sino que presenta un gradiente educacional marcado.

En este sentido, Thomas y Sawhill (2005) encuentran que las parejas estadounidenses de menores ingresos son menos propensas a unificar recursos y generar una especialización intra- hogar, con lo que el *premium* asociado con este tipo de uniones es menor que el que se genera con la unión legal. Con esto, la cohabitación estaría relacionada con un menor grado de compromiso intertemporal, y la probabilidad de ruptura de este tipo de uniones en comparación con un matrimonio sería mayor. Dado que quienes más cohabitan son los menos educados, serían estos también los más propensos a experimentar una separación, lo que también implicaría una mayor propensión a que los niños en estos hogares sean criados por un solo progenitor (generalmente la madre), o por éste y su siguiente pareja (Lundberg et al., 2016).⁷

Mientras que entre 1960 y finales de la década del 70' las tasas de divorcio se incrementaron en Estados Unidos para las mujeres de todos los niveles educativos, a partir de 1980 estas tendencias divergieron, y al mismo tiempo que la tasa de divorcios comenzó a caer para las mujeres más educadas, la misma continuó aumentando para las menos educadas (McLanahan, 2004). De la misma manera, mientras que para el período que se extiende entre 1970 y 1990 la tasa de disolución de matrimonios cayó casi 50% para las mujeres graduadas de la educación superior, ésta se mantuvo relativamente alta y constante para las mujeres sin estudios universitarios (Martin, 2004).

Con respecto a otros países desarrollados, Perelli-Harris y Lyons-Amos (2016) encuentran que mientras que en Estados Unidos las trayectorias de separación y divorcio han sido consistentemente más comunes entre las mujeres menos educadas, en Europa, a pesar de observarse cambios similares, el gradiente educativo es menos consistente y menos estable. Este patrón más suave también se observa para los países de América Latina, aunque la evidencia empírica es bastante más escasa para esta región. En México, por ejemplo, la tasa de divorcios se incrementó de 7,4% a 15,1% en las últimas décadas (Amadeo, 2019). En Uruguay, la probabilidad de disolución de uniones consensuales es tres veces mayor que la de los matrimonios, lo que indicaría un gradiente socioeconómico si consideramos que las parejas que más cohabitan son las de menores ingresos y/o menor nivel educativo (Santillán y Street, 2005 citado en Cerruti y Binstock, 2009).

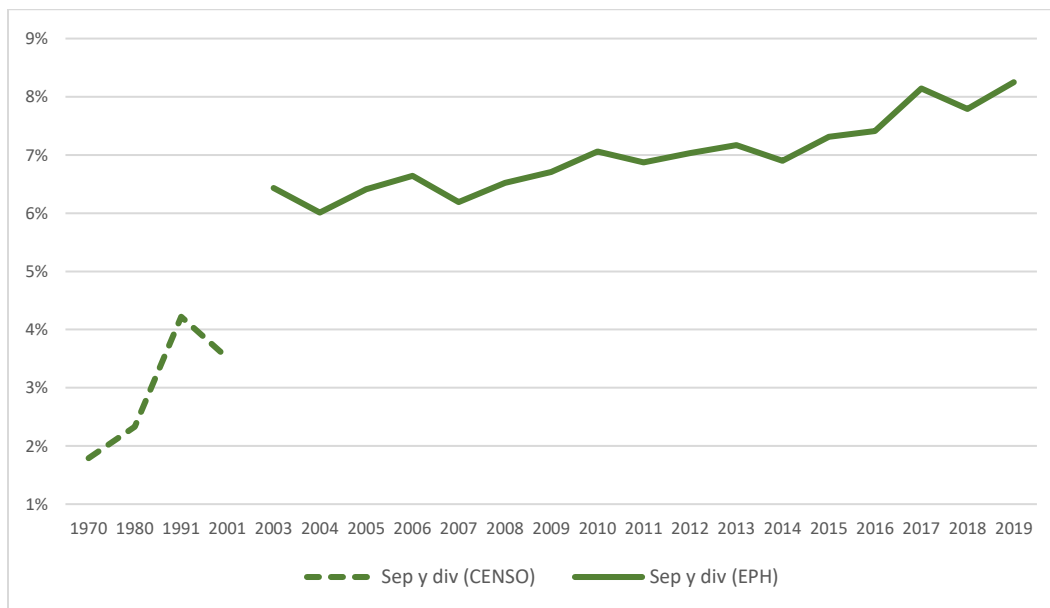
En el caso de Argentina mientras que en 1970 los individuos separados o divorciados⁸ representaban menos de 2% en el total de población mayor de 18 años, hacia 2018 esta participación aumentó a más de 8% (Figura 3). En términos del gradiente socioeconómico, mientras que tomando a la población de acuerdo a su nivel educativo no se obtienen patrones claros, éstos si se observan al comparar a los individuos según su nivel de ingresos. Así, en la Figura 4 es posible observar que mientras que la

⁷ Vale aquí hacer una aclaración. La evidencia empírica en este campo generalmente presenta correlaciones que no necesariamente son causales. Así, podría ser que en realidad la probabilidad de separación aumente por las características de la pareja, y no como consecuencia de la falta de unificación de recursos. O podría ser que ambos factores estén relacionados. Este punto será analizado con mayor detenimiento en el siguiente apartado.

⁸ Para la definición de la categoría separaciones o divorcios, se utilizan la variable ch07 de la EPH (1=unido; 2=casado; 3=separado o divorciado; 4=viudo; 5=soltero) y la variable MARST del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda (1=soltero o que nunca se casó; 2=casado o en unión; 3=separado, divorciado, esposo/a ausente; 4=viudo).

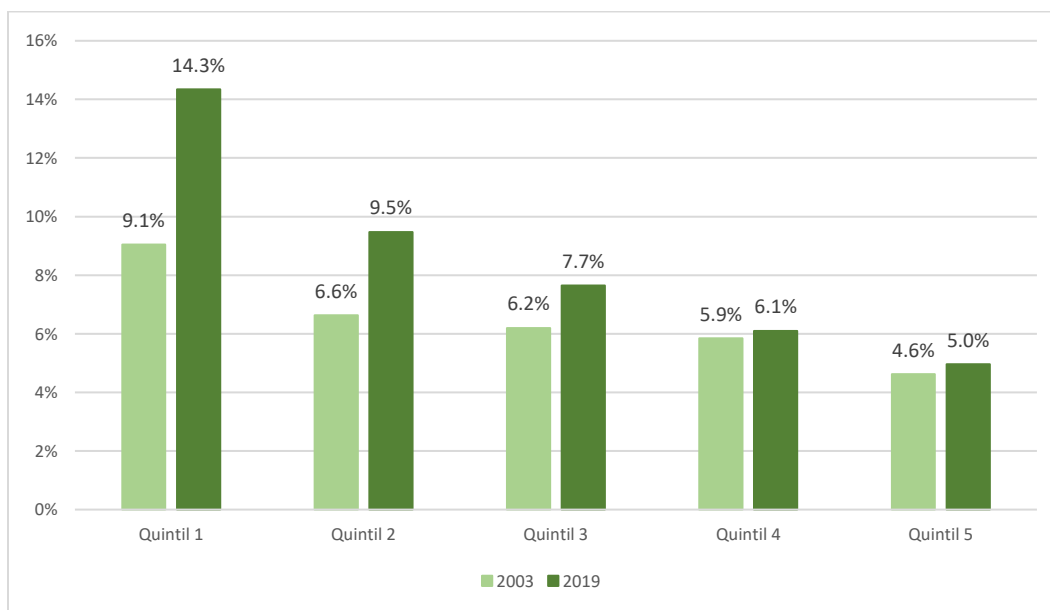
separación aumentó para todos los grupos poblacionales entre 2003 y 2018, su participación en los quintiles más bajos es bastante mayor que la observada en los más altos.

Figura 3. Evolución de las separaciones y divorcios en el total de población mayor de 18 años. Argentina, 1970-2019.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda y Encuesta Permanente de Hogares.

Figura 4. Evolución de las separaciones en el total de población mayor de 18 años según quintil de ingresos. Argentina, 1970-2019.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda y Encuesta Permanente de Hogares.

III.3. Hijos fuera del matrimonio

Tanto para el mundo desarrollado como para las regiones menos desarrolladas, el embarazo fuera del matrimonio y la concepción con múltiples parejas son tendencias más comunes hoy en día que unas décadas atrás, observándose también en este caso un gradiente socioeconómico marcado (Carlson, 2018; Esteve y Florez-Paredes, 2018).

En el caso de Estados Unidos, hacia el año 2018 casi 40% del total de los nacimientos se produjeron fuera de la unión legal, porcentaje que se ha mantenido medianamente constante durante los últimos años (Martin, Hamilton, Osterman y Driscoll, 2019). Sin embargo, la mayoría corresponden en general a las mujeres de menores ingresos o menor nivel educativo. Así, mientras que el embarazo fuera de la unión legal en este país suele ser infrecuente para las mujeres graduadas de la educación universitaria, y su ocurrencia suele implicar una transición rápida al matrimonio, lo contrario sucede para las parejas de los estratos más pobres. Éstas suelen ser más propensas a iniciar la convivencia antes, y la concepción no implica, en la mayoría de los casos, el paso al matrimonio (Lundberg et al., 2016).

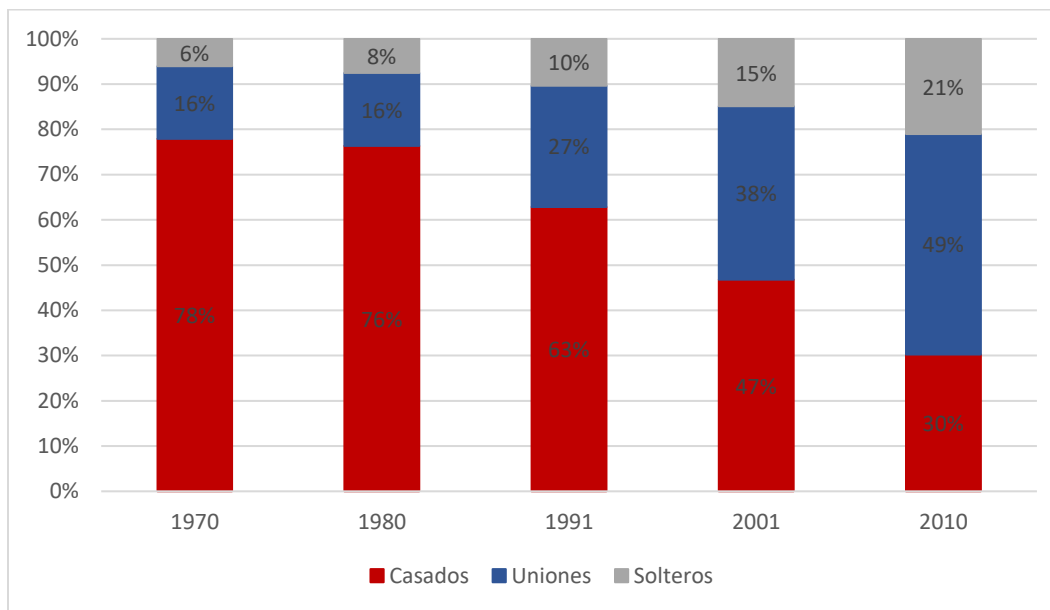
En este sentido, la evidencia permite observar que en la década del 90' el 61% de los nacimientos de madres sin educación secundaria en Estados Unidos ocurrieron fuera del matrimonio, de las cuáles sólo un tercio estaba cohabitando con su pareja en ese momento. Por su parte, 57% de los nacimientos de madres con educación secundaria correspondieron a mujeres casadas, mientras que sólo 25% fueron de mujeres no casadas. Más aún, la concepción fuera del matrimonio para mujeres con educación universitaria alcanzó en el mismo período sólo 7% del total de nacimientos (Kennedy y Bumpass, 2007).

Así, siguiendo a McLanahan y Percheski (2008), mientras que las mujeres estadounidenses más educadas parecieran continuar criando a sus hijos en el contexto de la unión legal, las de menor nivel educativo son más propensas a hacerlo en hogares monoparentales. Esto está respaldado por la evidencia empírica, que indica que en Estados Unidos los hijos de madres menos educadas son casi dos veces más propensos a vivir en un hogar monoparental en algún momento de su infancia que aquellos con madres más educadas (McLanahan, 2004). En este sentido, Edin y Kefalas (2005) plantean que a pesar de que las mujeres más pobres suelen considerar a la unión civil como un lujo, no sucede lo mismo con la maternidad, que se establece como algo esencial. En la misma línea, Sawhill (2014) plantea que la revolución sexual desvinculó el sexo del matrimonio, pero no al sexo de la concepción. Siguiendo a McLanahan (2004), la mayor independencia económica que comenzaron a exhibir las madres más educadas estadounidenses con la segunda transición demográfica pareciera no estar relacionada con tener hijos por fuera del matrimonio y criarlos en hogares monoparentales, sino con establecer uniones estables basadas en una división más equitativa de las responsabilidades parentales.

Este patrón parece observarse también en otros países desarrollados. En este sentido, Thomson, Lappegård, Carlson, Evans y Gray (2014), encuentran evidencia empírica para Australia, Noruega, Suecia y Estados Unidos, donde parece existir una asociación negativa entre el nivel educativo de la mujer y la probabilidad de tener hijos con una segunda pareja o una pareja subsiguiente. Por su parte, Härkönen (2017) encuentra para treinta y tres países de América del Norte, Europa y Asia un incremento en la cantidad de madres solteras en las últimas décadas, y aunque este fenómeno se observa para mujeres de todos los niveles educativos, es particularmente fuerte entre las menos educadas en la mayoría de los países. En particular se destaca el caso de Gran Bretaña, en donde las diferencias educativas eran pequeñas en 1980, y hoy es el país con una de las brechas más grandes.

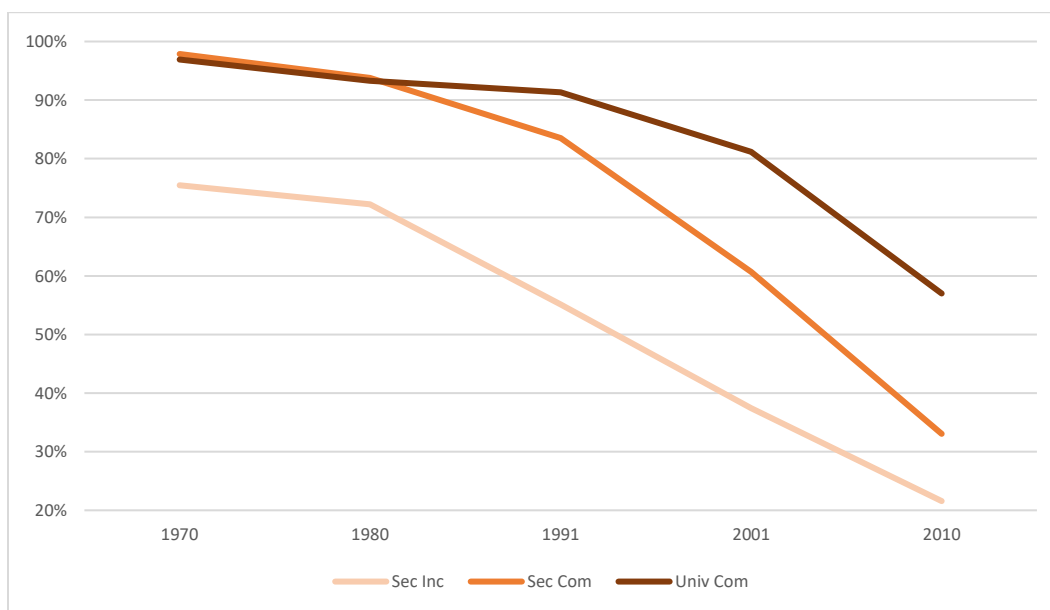
Por su parte, para América Latina la postergación en la formación de la familia sigue siendo modesta, y está reducida a los grupos de población más educados en un número pequeño de países (Esteve y Florez-Paredes, 2018). En este sentido, los cambios suelen observarse en los sectores sociales medios y altos, mientras que en los más desventajados se mantienen las tendencias de inicio familiar temprano (Cerruti y Binstock, 2009).

Figura 5. Niños nacidos en el último año dentro y fuera del matrimonio. Argentina, 1970-2010.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda.

Figura 6. Nacimientos en matrimonio según educación de la madre. Argentina, 1970-2010.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda.

Por su parte, Duryea y Robles (2016) plantean que mientras que en Estados Unidos la probabilidad de criar a los hijos sin una pareja disminuye con la educación de la madre, en América Latina y el Caribe no se observa una tendencia tan clara. En Brasil, por ejemplo, la probabilidad de ser madre soltera es casi igual para todos los niveles educativos, mientras que en Perú y Panamá la relación es inversa. Para el caso de Argentina en particular, en la Figura 5 es posible observar una fuerte disminución en la cantidad de niños nacidos dentro del matrimonio, que entre 1970 y 2010 pasan de representar casi 78% a 30%.

Lo contrario sucede con la participación de los niños nacidos fuera del matrimonio, que aumenta de 16% a 49% en el caso de aquellas mujeres en uniones consensuales y de 6% a 21% en el caso de las madres solteras. Por su parte, mientras que los nacimientos dentro del matrimonio disminuyeron para las mujeres en todos los niveles educativos, la caída fue mucho más pronunciada para las menos educadas, siendo las más educadas las que más hijos tienen dentro del matrimonio a lo largo de casi todo el período considerado (ver Figura 6).

III.4. Embarazo adolescente

La concepción de hijos por fuera del matrimonio está íntimamente relacionada con la problemática del embarazo adolescente, la cual también suele reflejar un gradiente socioeconómico sumamente marcado.

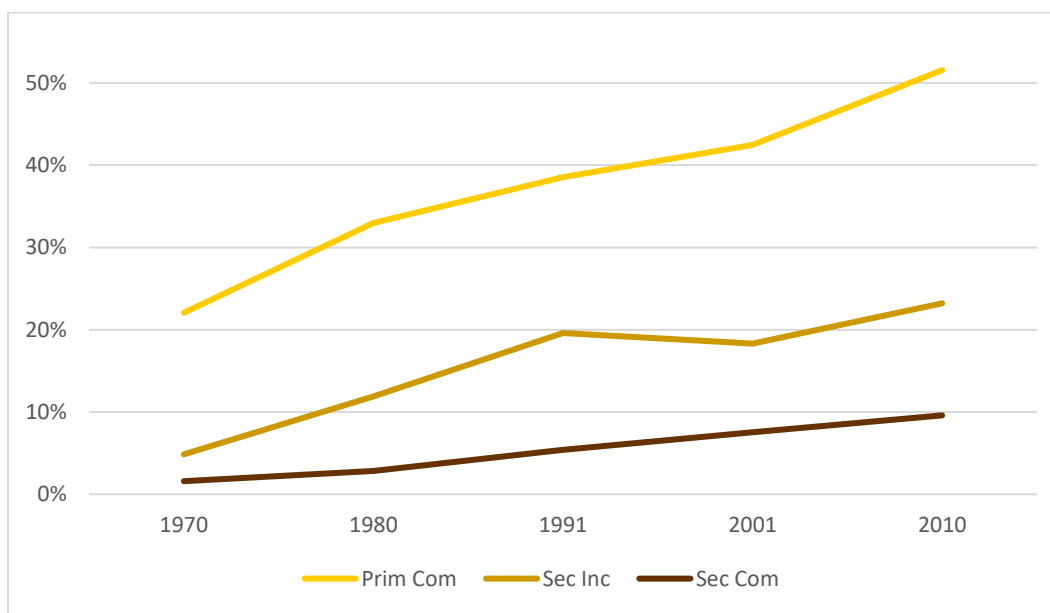
En el caso de Estados Unidos, Heckman y Masterov (2007) encuentran que el embarazo adolescente está fuertemente correlacionado con el nivel de ingresos de las familias y el nivel de habilidades cognitivas de la madre. En América Latina, por su parte, la evidencia empírica permite observar tendencias similares (Esteve y Florez-Paredes, 2018). De acuerdo a Azevedo et al. (2012), las adolescentes más propensas a quedar embarazadas son aquellas con menor nivel educativo, provenientes de familias más pobres, y que habitan zonas periféricas. Asimismo, en estos casos no sólo la probabilidad del embarazo es mayor, sino que además es más mucho más probable que los efectos de éste sean negativos y tengan un mayor impacto, ya que el acceso de las adolescentes a los recursos necesarios para enfrentar la situación es más limitado. En este sentido, siguiendo a Rodríguez Vignoli (2014), la participación de las adolescentes de entre 15 y 19 años del primer quintil socioeconómico en el total de embarazos adolescentes para América Latina es entre tres y cuatro veces mayor que la participación de aquellas en el quintil más alto, siendo el caso de Perú el más extremo, con una diferencia de nueve veces.

El embarazo adolescente en Argentina ha sido históricamente mucho más frecuente entre las adolescentes menos educadas, como puede observarse en la Figura 7. En este caso, para las madres de entre 18 y 19 años, a pesar de que el fenómeno se vio incrementado para todos los niveles educativos entre 1970 y 2010, esta relación se mantiene. En este sentido, Pantelides y Binstock (2007) observan que hacia el año 2007 la proporción de madres adolescentes de muy bajo nivel educativo (primario completo o menos) al menos triplicaba a aquellas con educación secundaria incompleta o más, a pesar de que éstas tenían mayor edad en promedio, y por lo tanto su exposición a la posibilidad de quedar embarazadas era menor.

No obstante, entre 2015 y 2018 la evidencia empírica permite observar una importante caída tanto de la tasa global de fecundidad (12%) como en la tasa de la fecundidad adolescente (21%). Ésta fue especialmente fuerte entre las mujeres jóvenes menos educadas; mientras que en 2014 26% del total de nacimientos y 33% de los correspondientes a madres adolescentes eran de mujeres que no habían accedido a la educación secundaria, esos porcentajes disminuyeron a 18% y 23% en 2018

respectivamente, y aunque estos datos podrían estar respondiendo explícitamente al aumento generalizado de la población, aun controlando por educación, los resultados se mantienen (Rofman, 2020). Sin embargo, esta mejora no se produjo de manera homogénea en el territorio argentino, evidenciando una suerte de gradiente socioeconómico. La disminución fue más marcada en aquellas provincias donde las tasas ya eran relativamente menores, como en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y las provincias patagónicas, pampeanas y cuyanas. Este comportamiento no se tradujo a la provincia de Buenos Aires, y en el Noroeste y Noreste Argentino la caída fue mucho menor (Rofman, 2020).⁹

Figura 7. Nacimientos de madres de 18 y 19 años según nivel educativo. Argentina, 1970-2010.



Fuente: Elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda.

IV. Familia y desarrollo humano

Una amplia literatura de las últimas décadas en diversas disciplinas argumenta que el desarrollo de los individuos está determinado en gran parte por los sucesos y vivencias de la edad temprana.¹⁰ Durante los primeros años de vida de un niño, el entorno principal de crecimiento y socialización está determinado por la familia y el hogar, lo que hace que éstos sean considerados como los factores de producción para el desarrollo humano temprano de la generación siguiente.

⁹ Siguiendo a Rofman (2020), una posible explicación para la declinación general es la distribución de implantes subcutáneos anticonceptivos a mujeres menores de 25 años por parte del gobierno nacional. Sin embargo, dado que la caída fue bastante mayor en los grupos poblacionales no incluidos en este programa, la mejora podría estar en realidad más relacionada con una combinación de acciones de política pública, cambios culturales o sociales e impactos de cambios en incentivos desde el mercado laboral. Explorar la naturaleza de estos cambios es un punto importante en una futura agenda de investigación.

¹⁰ Un excelente resumen desde una perspectiva económica de esta literatura multidisciplinaria es presentado en Heckman y Mosso (2014).

El desarrollo infantil no es un proceso lineal, sino un proceso acumulativo compuesto por etapas de avance acelerado, otras de mejoras limitadas, y, a veces, otras de retrocesos (Berlinski, 2015). Las habilidades cognitivas y no cognitivas fundamentales de los niños se forman a una edad temprana, mucho antes del comienzo de la escolaridad inicial (Heckman y Masterov, 2007). Asimismo, las experiencias de los niños durante la infancia tienen un papel crucial en la definición de los hábitos de búsqueda, observación e incorporación de vivencias nuevas y más complejas, así como de los nuevos esquemas que éstos desarrollen para pensar y categorizar esas vivencias. La variedad de experiencias pasadas de un niño influenciará qué nuevas experiencias éste observará y elegirá en el futuro (Hart y Risley, 2003). Es por estas razones que los elementos que dificultan el desarrollo de los niños en etapas críticas, principalmente en la primera infancia, pueden tener consecuencias fundamentales tanto en el corto como en el largo plazo (Berlinski, 2015). En este sentido, la familia es considerada como uno de los factores –sino *el* factor– determinante de las habilidades y la motivación requeridas para el desarrollo de niños, adolescentes y adultos con futuros exitosos, y sus dinámicas y características tendrán un papel fundamental.

Las brechas iniciales en el desarrollo de niños de diferentes entornos socioeconómicos aparecen temprano, y están asociadas con diferentes contextos y prácticas parentales (Heckman y Masterov, 2007; Heckman y Mosso, 2014). Las decisiones tomadas en torno a cómo alimentarlos, cuándo llevarlos al médico, si hablarles, jugar con ellos o estimularlos de alguna manera, impactarán en el desarrollo de sus habilidades, y en sus posibles situaciones económicas en el futuro (Berlinski, 2015). Dichas decisiones se relacionan no sólo con el ingreso de los padres, sino también con otras características de los mismos, tales como su nivel educativo, su edad, y su grado de motivación y compromiso para la crianza de sus hijos. Más aún, estas diferencias tenderán a ampliarse a medida que los niños crezcan, y en muchos casos las instancias de educación formal llegarán demasiado tarde para remediar las diferencias que se producen entre unos y otros niños.¹¹ Es por esta razón que no puede esperarse que la escolarización compense totalmente por las herramientas e inversiones que algunas familias no logran proveer a sus hijos en los primeros años de vida (Heckman y Masterov, 2007 Heckman y Mosso, 2014), con lo que la participación de los padres se hace crucial.

En el resto de esta sección se sintetiza la literatura internacional que conecta características de las familias con el desarrollo de los niños y con algunos resultados en su vida adulta. La primera subsección recapitula lo dicho previamente con respecto a las estructuras familiares, con particular énfasis en señalar los contextos en los cuales los niños se desarrollan.

IV.1. Configuraciones familiares (desde la perspectiva de los niños)

Los cambios demográficos descritos en la sección anterior –aumentos en la cohabitación y disminución en las tasas de matrimonios, mayor inestabilidad de las uniones, incremento en los embarazos fuera del matrimonio– implicaron fuertes diferencias en la situación de vida de unos y otros niños. En las décadas recientes ha aumentado la probabilidad de que éstos crezcan en hogares monoparentales –generalmente encabezados por la madre– o en hogares con padres que cohabitan, o que están separados o divorciados, o bien familias ensambladas, entre otros. Estas nuevas configuraciones familiares en las que crecen los

¹¹ En muchos casos, la etapa escolar no hace sino potenciar estas desigualdades. Véase la revisión al respecto en Adrogué, Anauati y Tommasi (próximo a aparecer).

niños responden también a un gradiente socioeconómico marcado, y están relacionadas con ciertos resultados en términos del bienestar infantil.

Tanto en Estados Unidos como en países de América Latina se observa que la cantidad de niños que nacen y crecen en estructuras familiares *no tradicionales*¹² se ha incrementado en las últimas décadas. En Estados Unidos en particular, mientras que en 1960 la proporción de niños viviendo con ambos padres biológicos casados era igual a 73%, este porcentaje disminuyó a 46% hacia el año 2014. Lo inverso sucedió para aquellos niños viviendo en hogares monoparentales o con padres casados en segundas nupcias, que pasaron de representar 9% y 0% del total de niños en 1960, a 26% y 7% en 2014 respectivamente (Livingston, 2014). Asimismo, de acuerdo al estudio *Fragile Families and Child Wellbeing* (Familias Frágiles y Bienestar Infantil) en Estados Unidos, hacia el año 2010, 40% de los niños en Estados Unidos nacía fuera del matrimonio, porcentaje que era igual a sólo 4% en 1940 (McLanahan et al., 2010).

Incluso para los niños viviendo en hogares monoparentales, la configuración familiar fue cambiando con el tiempo. A pesar de que en todo momento estuvieron en su mayoría liderados por mujeres, antes de 1960 primaban las mujeres viudas, habiendo sido éstas reemplazadas con el paso del tiempo por madres divorciadas o, más recientemente, madres que nunca se casaron (McLanahan y Percheski, 2008). Hacia el año 2010, alrededor de un quinto de los niños estadounidenses nacía en familias monoparentales con jefatura femenina (Waldfogel, Craigie y Brooks-Gunn, 2010). De acuerdo al estudio *Fragile Families and Child Wellbeing* ese mismo año en Estados Unidos sólo 50% de los niños de 5 años que no convivía con su padre lo había visto en el último mes (McLanahan, 2010).

Por su parte, también aumentó la probabilidad de que los niños vivan en familias ensambladas. Este mismo estudio permite observar que casi 40% de las madres no casadas en Estados Unidos vuelve a relacionarse sentimentalmente con otra persona, y 14% de ellas tiene un hijo con una nueva pareja, lo que contribuye a la inestabilidad y complejidad de estas estructuras familiares (McLanahan, 2010).

También en América Latina se han observado estas nuevas tendencias en términos de la configuración de las familias. De acuerdo a Duryea y Robles (2016) la cantidad de niños en hogares con ambos padres se redujo significativamente en los últimos veinte años, siendo ejemplos fuertes de esto Brasil y Ecuador, en donde la participación de las familias con dos padres disminuyó de 78% a 69% entre 1992 y 2014 para el primero, y de 80% a 73% entre 1996 y 2014 para el segundo. Asimismo, durante la última década, prácticamente todos los países de la región vieron aumentar la proporción de niños y adolescentes menores de quince años residiendo en hogares con jefatura femenina. En particular, en el año 2005 entre un quinto y más de un tercio de los niños latinoamericanos de hasta 14 años vivían en hogares de este tipo (Cerrutti y Binstock, 2009). Para Colombia, Ecuador, Panamá, Brasil y Perú en particular, en 2016 más del 90% de todos los niños residiendo en un hogar monoparental lo hacían con la madre, porcentaje superior al observado en países como Canadá (82,3%) y Estados Unidos (83,3%) (Duryea y Robles, 2016).

En el caso de Uruguay, en el año 2001 mientras que 32% de los niños que no convivían con el padre no tenía ningún contacto, 37% lo veía al menos una vez por semana (Bucheli, 2003). Por su parte, casi 60% de los menores de 21 años que no convivía con sus padres no recibía transferencias desde la separación. Esta situación parece replicarse en Argentina, en donde en el año 2009 sólo cuatro de cada diez niños veían a su padre al menos dos veces a la semana, y un 15% adicional una sola vez. Asimismo, hacia 2008

¹² A lo largo de este apartado se considerará como familia no tradicional a aquellas que no están compuestas por dos padres casados en primeras nupcias.

sólo la mitad de los menores de 18 años que no convivía con su padre recibía manutención económica de forma regular, mientras que el resto nunca lo hacía o lo hacía irregularmente (Cerruti y Binstock, 2009).

Por su parte, también se ha visto incrementado el número de niños viviendo en familias ensambladas en la región, en donde, en promedio, uno de cada cuatro niños no es el hijo biológico del jefe de hogar. En este sentido, son Nicaragua, Venezuela, Panamá y El Salvador los países que presentan los niveles más altos de complejidad familiar, mientras que Uruguay y Argentina, por su parte, muestran los niveles más bajos (Esteve y Florez-Paredes, 2018). Un estudio sobre las trayectorias conyugales en Montevideo, Uruguay, indica que más del 50% de las mujeres que se separan o se divorcian vuelven a formar una pareja en los siguientes cuatro años, ocurriendo esto en mayor medida entre las más jóvenes y con menor nivel educativo (Bucheli, Cabella, Peri, Piani y Vigorito, 2002). De acuerdo a Cerruti y Binstock (2009), en el caso de Argentina una de cada diez familias biparentales habitando en áreas urbanas es ensamblada. Asimismo, en el país este tipo de estructuras suelen ser más frecuentes para los hogares de ingresos más bajos, siendo además más probable que los adultos estén cohabitando sin estar casados.

En muchos de sus propios trabajos y en colaboraciones con otros autores, McLanahan¹³ suele relacionar este tipo de estructuras familiares en las cuales los padres no están casados al momento del nacimiento del niño con el término *familias frágiles*. Siguiendo a Lamb y Tamis- Lemonda (2004), en estos hogares suele primar la inestabilidad económica, educacional, y/o de relaciones internas entre la pareja y con los niños. Más aún, de acuerdo al estudio *Fragile Families and Child Wellbeing*, en comparación con los padres casados en Estados Unidos, los padres en “familias frágiles” suelen ser más pobres y menos educados, suelen tener peor estado salud, y su probabilidad de haber concebido durante la adolescencia y/o de tener hijos con otras parejas suele ser superior (Kalil y Ryan, 2010).

En Inglaterra se utiliza el término *troubled families*¹⁴, que hace referencia a familias que experimentan problemas múltiples, como crimen, comportamiento antisocial, absentismo escolar, desempleo, problemas de salud mental y abuso doméstico. En este sentido, Casey (2012) observa para este país que los problemas de estas familias parecieran ser parte de ciclos de abuso, violencia y falta de cuidado durante la vida de los padres, que luego éstos reproducen con sus propios hijos. Sus problemas suelen haber sido acumulados a través de largos períodos de tiempo, que en la mayoría de los casos comienzan con la disfuncionalidad de la familia de los propios padres.

Más allá de las particulares definiciones y términos utilizados por distintos investigadores y por distintos programas públicos, la evidencia empírica permite observar asociaciones sumamente marcadas entre algunas estructuras familiares y los resultados de los niños.¹⁵

IV.2. Conformación y funcionamiento de las familias. Efectos de selección

En el resto de este trabajo nos referiremos a una amplia gama de estudios para distintos países que relacionan características de las familias con diversos resultados en términos del desarrollo de los niños e incluso en términos de su futuro como adultos. Estas correlaciones sintetizan relaciones complejas y multicausales, y cada una de ellas lo hace iluminando algunos aspectos en particular. Para poner un poco

¹³ McLanahan, Garfinkel, Mincy y Donahue (2010); Carlson y McLanahan (2004).

¹⁴ El programa *Troubled Families* (familias en problemas) es administrado por el Ministerio de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local (TFP) de Inglaterra y lleva adelante intervenciones dirigidas a estas familias. Recuperado de: <https://commonslibrary.parliament.uk/research-briefings/cbp-7585/>.

¹⁵ Como se explica a continuación, una asociación no siempre implica causalidad.

de orden en esta selva de trabajos, se podría argumentar que “lo que verdaderamente importa” para la vida de los niños y su desarrollo es *la calidad y el funcionamiento* del ambiente familiar. Así, mientras que algunos autores ponen mayor énfasis en la estructura familiar y su asociación con el bienestar de los niños, otros hacen principalmente hincapié en el funcionamiento y estabilidad de las familias, independientemente de la estructura: Waldfogel, et al. (2010) establecen que “Los efectos de la estructura familiar en los resultados alcanzados por los niños, son consecuencia, al menos en parte, de su asociación con la estabilidad”; Demo y Acock (1996) plantean que “Los procesos familiares son más importantes que la composición familiar”; Mooney, Oliver y Smith (2009), establecen que “Lo más importante es el funcionamiento de la familia, y no el tipo es familia”.

Dicho funcionamiento familiar depende de múltiples circunstancias, que incluyen a la propia estructura familiar (no es lo mismo un hogar con un adulto responsable que uno con dos adultos responsables), así como también a características individuales de los miembros del hogar. Las personas tienen ciertas características individuales, algunas de las cuales influyen en su socialización y comportamientos a lo largo de toda la vida. Estas mismas características también influyen en el tipo de relaciones que entablan con otras personas y la estabilidad de esas relaciones. Mientras que ciertas características y comportamientos pueden observarse (como nivel educativo, edad, situación habitacional y nivel de ingresos, entre otras) hay otros elementos que son más difíciles de observar (tales como nivel de compromiso, motivaciones intrínsecas, temperamento, propensión a la violencia). Cuando los individuos forman relaciones aportan entonces a la pareja rasgos que tienen implicancias para la estructura, el funcionamiento y la estabilidad familiar.

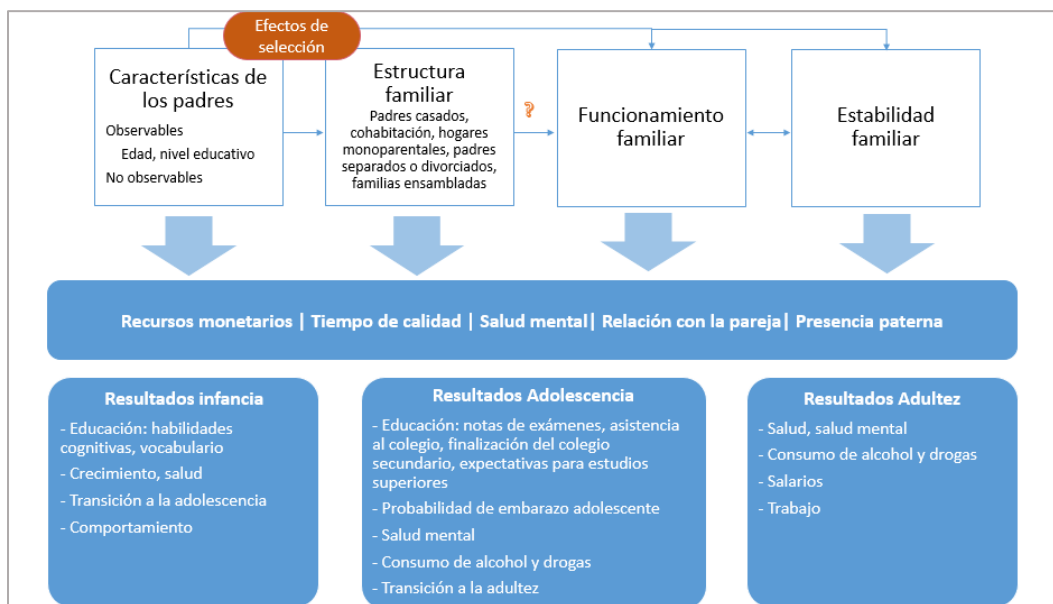
Distintas características de las personas las vuelven más o menos propensas a casarse legalmente, más o menos propensas a la convivencia relativamente armónica, y más o menos propensas a sostener la relación de pareja en el tiempo. De estas características, algunas son observables y otras no, pero es probable que todas ellas puedan tener influencia sobre diversos resultados evidenciados por los niños a mediano y largo plazo. En términos econométricos, la presencia de estas características no observables de las personas presenta un desafío para la interpretación de los datos. La literatura encuentra importantes correlaciones, las cuales serán descritas a continuación, pero esas correlaciones no necesariamente implican causalidad.

En este sentido, la presencia de efectos de selección toma un papel central. Dado que algunos individuos poseen rasgos que los “seleccionan” a ciertos tipos de arreglos familiares (Amato, 2005), puede ser que los resultados observados en los niños que crecen en distintas estructuras familiares respondan a la estructura del hogar en sí, pero también a las características de los padres en ese hogar, o a ambas. Por ejemplo, se suele encontrar que es menos probable que los hijos de parejas casadas vayan alguna vez a prisión; pero no necesariamente podemos atribuir esto a un “efecto del matrimonio”, dado que puede haber características de los padres (como la propensión a la violencia) que hagan menos probable que éstos estén casados, al mismo tiempo que afectan también el clima intra-hogar y por tanto las conductas futuras de los niños criados en ese entorno.

Es por todo esto que buena parte de la evidencia empírica encontrada en esta literatura presenta una mezcla de efectos causales con correlaciones entre variables que no necesariamente implican causalidad. En nuestra revisión hacemos un esfuerzo por resaltar cuando existe evidencia de tipo causal. Como es de esperar, aquellos estudios que logran desarrollar una estrategia efectiva de identificación causal suelen encontrar resultados más modestos (dado que en este caso desaparecen – “se restan” – los efectos de

selección). De todas maneras, las correlaciones que describimos en el resto de la sección son muy relevantes en sí mismas, y de gran utilidad para el diseño políticas públicas. Para algunos aspectos de política pública es necesario entender mejor las causalidades; pero un conocimiento práctico y concreto de las correlaciones puede ser de gran importancia en muchos sentidos, por ejemplo, para prevenir situaciones tales como la violencia doméstica, la negligencia con respecto al cuidado de los niños, y la probabilidad de abandono escolar, entre otras.

Figura 8. Características de las familias, funcionamiento familiar y sus implicancias de corto y largo plazo.



Fuente: elaboración propia.

La Figura 8 resume la manera en que factores como las características de los padres y la estructura familiar influyen sobre el funcionamiento y la estabilidad familiar y los insumos que los niños recibirán en la práctica, incidiendo sobre sus resultados futuros. Así, patrones de vida familiar más caóticos afectarán el bienestar de los niños de manera negativa, y su impacto dependerá de las circunstancias asociadas a los mismos. Estas diferencias en las características de la familia en la que uno y otro niño nace, sumamente marcadas según el nivel socioeconómico, implicarán “destinos divergentes”. Los factores mencionados se retroalimentarán, y definirán los recursos monetarios a los que tendrán acceso los niños, el tiempo de calidad que podrán compartir con sus padres, el tipo de contacto que tendrán con los mismos, y la cantidad de situaciones de estrés que experimenten, teniendo impactos sobre sus resultados presentes y futuros. En este sentido, siguiendo a McLanahan y Percheski (2008), la estructura familiar parece haberse convertido, en algunas sociedades, en un mecanismo crucial para la reproducción de inequidades de género, raza y clase. La agenda de investigación que estamos tratando de impulsar con este trabajo pretende verificar dicha afirmación para casos como el de Argentina.

Más allá de los problemas de endogeneidad expuestos, la literatura suele encontrar patrones de efectos sobre la vida y el desarrollo de los niños en relación con los distintos tipos de familias: padres casados, que cohabitan, familias monoparentales, y otros. En los próximos apartados se presentará la evidencia empírica encontrada en la literatura acerca de la importancia que tienen estos elementos en distintas dimensiones de la vida de los niños. El análisis se centrará en los efectos sobre los niños de las

características de los padres, los tipos de estructuras familiares - como la cohabitación y las familias monoparentales-, y la inestabilidad y transiciones familiares –separación y divorcio, familias ensambladas y ausencia paterna-.

IV.3. Efectos de las características de los padres¹⁶

Como se mencionó en el apartado anterior, las características de los padres son un elemento crucial en términos de la estructura familiar y los funcionamientos del hogar, y, en consecuencia, de los niveles de bienestar y desarrollo de los niños. Muchas de estas características son inobservables -como la motivación, el nivel de compromiso, el temperamento, la propensión a la violencia, entre otros-, pero hay otras que sí pueden observarse, y entre ambas suele existir una correlación. A continuación, se realiza una revisión de la literatura disponible que analiza la relación entre algunas de estas características en los resultados de los niños.

IV.3.1. Educación, edad y nivel de ingresos

La evidencia empírica permite observar que el nivel educativo, la edad y el nivel de ingresos de los padres son factores sumamente importantes en términos de ciertas medidas de bienestar de los niños.

Cuando los padres hablan con sus hijos, les leen cuentos, o tratan de estimularlos de alguna manera, ayudan al desarrollo a más temprana edad. En este sentido, a pesar de que el tiempo total que los padres dedican a sus hijos en promedio no varía según su nivel educativo, la evidencia empírica permite observar que son los más educados los que acumulan más horas en actividades específicamente enfocadas en los niños, en comparación con la combinación de tiempo de cuidado más realización de otras tareas. En Estados Unidos esta diferencia pareciera ser más marcada para aquellos niños que nacen en hogares pobres (Ratcliffe y McKernan, 2012) o con madres más jóvenes (Heckman y Masterov, 2007). Así, Hart y Risley (2003) observan que el niño promedio de tres años de clase baja en Estados Unidos no sólo tiene un vocabulario más reducido que su par en una familia de mayores ingresos, sino que además suma nuevas palabras a su vocabulario más lentamente. Más aún, estos autores encuentran que los logros obtenidos por los niños a la edad de tres años son un buen predictor de sus habilidades lingüísticas a los nueve y diez años.

Para América Latina, Berlinski (2015) sugiere que los hijos de parejas menos educadas también tendrían una menor probabilidad de recibir este tipo de estímulos dadas las dificultades de los padres, cuyo propio vocabulario es limitado, de fomentar el desarrollo del vocabulario de sus hijos. En este sentido, para todos los países de la región se observa que los hijos de madres menos escolarizadas tienen una menor probabilidad de que les lean que los hijos de madres más educadas (Berlinski, 2015). En particular, datos longitudinales en Uruguay permiten observar que el ingreso per cápita del hogar y los años de educación de la madre están positivamente asociados para todas las edades con el puntaje obtenido en la Observación del Hogar para la Medición del Entorno (HOME, por sus siglas en inglés *Home Observation for the Measurement of the Environment*), instrumento que mide la calidad de la estimulación cognitiva y el apoyo emocional del niño a través de la observación y la entrevista. Asimismo, prácticas como leer

¹⁶ En este y los siguientes títulos se utiliza la palabra “efectos” en un sentido relativamente laxo, no estrictamente causal. Véase la discusión de la sección IV.2.

libros y cantar canciones se asocian positivamente con el puntaje del HOME (López Boo, Cubides Mateus, Sorio, Garibotto y Berón, 2018).

Por su parte, tanto la edad como la educación de los padres son elementos cruciales en términos de la situación de pobreza del niño y su persistencia. Utilizando datos para Estados Unidos, Ratcliffe y McKernan (2012) encuentran que la edad de la madre es un determinante importante en términos de la probabilidad del niño de vivir en la pobreza. Asimismo, siguiendo a McLanahan (2004), cuanto más grande es la madre, mayores serán sus recursos parentales en promedio. En particular, Ratcliffe y McKernan (2012) encuentran que en comparación con niños estadounidenses que nunca fueron pobres, aquellos que sí lo fueron la mitad de su infancia son 90% más propensos a llegar a los veinte años sin haber completado la escolaridad secundaria, y cuatro veces más propensos a tener hijos en su adolescencia, estando estas probabilidades asociadas positivamente al tiempo durante el cual el niño fue pobre. Esta situación también se replica para otros países desarrollados y de América Latina, y suele estar relacionada estrechamente con el embarazo adolescente y la movilidad intergeneracional.

Por último, tanto la educación como la edad de los padres también están asociados a las prácticas parentales en términos de disciplina. En este sentido, tanto para Bolivia como para Perú se observa que los hijos de madres con estudios secundarios completos o más tienen sólo la mitad de probabilidad de ser castigados con severidad en comparación con los hijos de madres con el nivel de educación primaria incompleto o menos (Berlinski, 2015). Por su parte, evidencia empírica para Uruguay señala que los niños pertenecientes a las familias más vulnerables están expuestos a entornos familiares de menor calidad - menos receptivos y más punitivos- que no favorecen a su desarrollo (López Boo et al., 2018).

A pesar de que la literatura ofrece una gran cantidad de estudios presentando asociaciones positivas importantes entre los resultados de los niños y la edad y el nivel educativo y de ingresos de sus padres, encontrar evidencia causal en este ámbito presenta ciertas dificultades. Sin embargo, algunas de las correlaciones hasta aquí mencionadas son respaldadas por el estudio de Carneiro et al. (2012), quienes basados en información para Estados Unidos e instrumentando el nivel de escolaridad materna con la variación en los costos de la educación a medida que la madre crece, encuentran para Estados Unidos que un año adicional de educación de la madre incrementa la *performance* del niño en exámenes estandarizados de matemática, así como también reduce la incidencia de los problemas de conducta. Por su parte, usando datos sobre la disponibilidad de escuelas en el condado en el que habitaban las mujeres de la muestra como instrumento para la educación de la madre a los 17 años, Currie y Moretti (2003) encuentran una fuerte relación entre la educación de la madre y la salud del niño al nacer. Asimismo, como posibles canales, los autores mencionan la existencia de una asociación positiva entre la edad de la madre y su probabilidad de estar casada y de realizar los cuidados prenatales necesarios, y una asociación negativa con la probabilidad de que ésta fume y con la cantidad de hijos que tenga.

Con respecto al tiempo que los padres dedican a sus hijos, utilizando un *regression discontinuity design* autores como Dahl, Løken, Mogstad y Salvanes (2016) y Danzer y Lavy (2016) evalúan el efecto de la extensión en las licencias por maternidad en los resultados de los niños en términos de capital humano en Noruega y Austria, respectivamente. Los resultados más fuertes se encuentran para varones de madres más educadas versus varones de madres menos educadas. Estos últimos parecen haber sido perjudicados por la política.

En términos de los efectos de situaciones de violencia familiar, utilizando la variabilidad temporal del fortalecimiento de las leyes contra la violencia doméstica en diferentes condados de California en Estados

Unidos, Aizer (2011) encuentra que la violencia doméstica tiene fuertes resultados negativos sobre el peso del niño al nacer. La autora sugiere que estos resultados, sumados al hecho de que las más propensas a experimentar situaciones de violencia doméstica son las mujeres de niveles socioeconómicos bajos, implican una mayor disparidad en las características de unos y otros niños al momento del parto.

Por último, las situaciones de pobreza, inestabilidad de ingresos e inestabilidad en las relaciones de pareja muchas veces conllevan a situaciones de estrés. En este sentido, también existen algunos estudios que intentan estimar los efectos del estrés experimentado por la madre durante el embarazo y los resultados de los niños. Utilizando datos para Estados Unidos y comparaciones entre hermanos a través de la incorporación de efectos fijos para madres, Aizer, Stroud y Buka (2016) encuentran que la exposición en útero a niveles elevados de cortisol afecta negativamente las habilidades cognitivas de los niños y su *performance* en la escuela. Asimismo, los resultados sugieren que, para un determinado nivel de cortisol, los efectos para los hijos de mujeres menos educadas son más fuertes. Por su parte, Persson y Rossin-Slater (2016) utilizan datos de Suecia y comparan a madres que perdieron a un miembro de la familia durante el embarazo con aquellas que sufrieron la pérdida en el año posterior al nacimiento. Los resultados sugieren efectos pequeños en el peso al nacer de los niños, pero indican que los mismos estarían concentrados en la cola más baja de la distribución de ingresos. Asimismo, los autores encuentran efectos negativos en la salud mental de los niños en la adultez, medida por el uso de prescripciones médicas.

La revisión de literatura realizada en este apartado permite concluir que, en promedio, los hijos de padres más jóvenes, menos educados y con ingresos inferiores tendrían peores resultados en términos de diferentes variables, como el peso al nacer del niño, su capital humano y nivel de desarrollo cognitivo, su probabilidad de ser padre joven, su nivel de ingreso futuro y su salud mental en la adultez. Estos efectos podrían ser una consecuencia directa de estas características de los padres, o una consecuencia indirecta a través de elementos como el tiempo dedicado a los niños, la violencia familiar y el estrés materno. En estos casos, la evidencia causal parece convenir en que los efectos se verían profundizados cuanto más bajo el nivel de ingresos o el nivel educativo de los padres.

IV.3.2. Embarazo Adolescente

La mayor parte de la literatura permite observar un vínculo sumamente fuerte entre la alta fecundidad y la pobreza, especialmente en el caso de las madres adolescentes. Las mujeres con más hijos, y en particular las más jóvenes, tienen una menor probabilidad de completar su educación y de lograr una inserción exitosa en el mercado de trabajo, lo que implica una menor acumulación de capital humano (Rofman, 2020). En consecuencia, los hijos de estas mujeres tienen a su vez pocas oportunidades de mejorar sus condiciones de vida, ya que suelen estar condicionados desde el momento de la gestación.

Siguiendo a Azevedo et al. (2012), los hijos de madres adolescentes en América Latina tienen una mayor probabilidad de morir durante el parto, de tener un bajo rendimiento en pruebas cognitivas, de repetir de grado en el colegio, de evidenciar problemas de conducta y de crecer en un hogar más pobre. Asimismo, la probabilidad de que la madre muera durante el parto o se suicide es también mayor. Los autores sugieren que el efecto final dependerá de las condiciones socioeconómicas en las que crecen los niños. Asimismo, en América Latina se encuentra que las madres adolescentes tienen una mayor probabilidad de ser madres solteras (CEPAL y UNICEF, 2007). Por otro lado, también se observa una fuerte

asociación positiva entre la edad de la madre en el momento de dar a luz a su primer hijo, y la edad de sus hijas en el momento de su primer embarazo (Arraigada, 2007; Jelin, 2005).¹⁷

Por su parte, con datos para Argentina y utilizando la variabilidad en el momento de la implementación de la Ley de Educación No 24.195, que aumentó los años de educación obligatoria, Velázquez Battistessa (2014) encuentra que la educación reduce la tasa de fecundidad adolescente.

Tanto la evidencia empírica causal como la descriptiva revisada en este apartado señalan la existencia de una relación negativa entre el embarazo adolescente y los resultados de corto, mediano y largo plazo de los niños. Sin embargo, el impacto de estos efectos dependería no sólo del embarazo en sí, sino también de las características del contexto. En este sentido, situaciones de pobreza o de bajo nivel educativo, por parte de la madre especialmente, profundizarían estos resultados.

IV.4. Efectos de la estructura familiar

IV.4.1. Familias biparentales estables (la variable omitida)

La evidencia empírica permite observar correlaciones fuertes entre la estructura familiar en la que crecen los niños y su nivel de bienestar. En general, las comparaciones se realizan contra las familias biparentales estables, ya que, de acuerdo a la literatura, son los niños criados en hogares con dos padres casados los que evidenciarían mejores resultados en términos de distintas medidas de bienestar y desarrollo.

En este sentido, con datos del estudio *Fragile Families and Child Wellbeing* en Estados Unidos McLanahan y Sandefur (1994) encuentran asociaciones positivas entre crecer en familias en las cuales los padres no estaban casados al momento del nacimiento del niño, y resultados negativos en términos de diferentes medidas de bienestar, como las notas de exámenes, la asistencia al colegio, la transición a la adolescencia y la adultez, la finalización de la escuela secundaria, las expectativas para estudios superiores y la probabilidad de embarazo adolescente, entre otros. Para los niños en familias biparentales estables se observarían, en promedio, mejores resultados en estas esferas (Waldfogel et al., 2010). Por su parte, también para Estados Unidos, Amato (2005) sugiere que los niños en familias biparentales estables tienen, en promedio, mayores estándares de vida, crianzas de mejor calidad, comportamientos de crianza cooperativos por parte de los padres, y relaciones emocionales más estrechas con sus padres, además de vivenciar una menor cantidad de experiencias traumáticas. Asimismo, suelen experimentar menos problemas en términos de capacidades cognitivas, emocionales y/o sociales, no sólo durante la infancia sino también en la adultez.

Con respecto a la evidencia de tipo causal, utilizando un modelo de curvas de crecimiento y datos para Estados Unidos, Magnuson y Berger (2009) examinan la relación entre el tiempo que un niño vive en un cierto tipo de estructura familiar entre los 6 y los 12 años, y su rendimiento en ciertas pruebas cognitivas. Los autores encuentran diferencias significativas en las trayectorias de vida de los niños de acuerdo al tiempo pasado en un hogar con ambos padres biológicos.¹⁸

¹⁷ En términos de evidencia causal, Hotz, Williams y Sanders (2005) utilizan la pérdida de embarazos como variable instrumental del embarazo adolescente, y miden sus efectos en el nivel socioeconómico de las madres estadounidenses. Los autores encuentran resultados más pequeños que aquellos encontrados en estudios anteriores. Utilizando una estrategia de identificación similar, Ashcraft y Lang (2006) también encuentran resultados modestos.

¹⁸ Gennetian (2005) utiliza *siblings fixed effects* (efectos fijos para hermanos) y datos de niños estadounidenses de entre 5 y 10 años para estimar el efecto de la estructura familiar en los resultados de *tests* de tipo cognitivo. A diferencia de lo encontrado en

A continuación, se realizará una revisión de la literatura disponible en términos del efecto de diferentes tipos de estructuras familiares en el bienestar de los niños, siempre en comparación con aquellos criados en familias biparentales estables.

IV.4.2. Cohabitación

La evidencia empírica permite observar una estrecha relación entre los niños que crecen en hogares de padres que cohabitan y su nivel de bienestar, el cual pareciera ser inferior que el de los hijos de padres casados.

Usando la Encuesta Nacional de Familias Americanas del año 1999 (National Survey of America's Families) y regresiones con diferentes controles, Brown (2004) encuentra para Estados Unidos una asociación positiva entre los hijos de padres que cohabitan y el desarrollo de problemas emocionales, de conducta, de compromiso con las actividades escolares y de *performance* en el colegio, en comparación con los hijos de familias de padres casados. Sin embargo, también observa que en el caso de los más pequeños (entre 6 y 11 años) los recursos económicos y de crianza ayudarían a atenuar estas diferencias. Asimismo, la autora también indica que a pesar de que tanto el nivel de ingresos del hogar, la educación de los padres y sus niveles de estrés y bienestar psicológico explican parte de estos resultados, no lo hacen en su totalidad. Por su parte, Thomas y Sawhill (2005) observan también para este país que la pobreza infantil en familias de padres que cohabitan es más frecuente que para las familias de padres casados.

Por otro lado, datos de Estados Unidos y Europa sugerirían que los niños que nacen en hogares de padres que cohabitan serían en promedio más propensos a experimentar una separación por parte de éstos en comparación con aquellos que nacen en familias de padres casados (Andersson, Thomson y Duntava, 2017). En este sentido, el estudio *Fragile Families and Child Wellbeing* (McLanahan, 2004) permite observar que en Estados Unidos casi la mitad de las madres que cohabitan termina su relación con el padre del niño antes de que éste cumpla tres años. Asimismo, Smock y Manning (2004) observan que mientras que los hijos de padres que cohabitan en Estados Unidos tienen una probabilidad de 50% y casi 67% de ver a sus padres separarse antes de cumplir cinco y diez años respectivamente, para los niños de familias de padres casados estos porcentajes son iguales a 15% y 30%. Por su parte, siguiendo a Amadeo (2019), en Francia y Noruega la tendencia es similar: mientras que la probabilidad de los hijos de padres cohabitando de verlos separarse antes de los doce años es igual a 18% y 21% respectivamente, la misma alcanza 9% y 11% para las familias de padres casados.

Los datos presentados sugieren una relación negativa entre crecer en una familia de padres que cohabitan y diferentes medidas de bienestar, como el nivel socioeconómico de la familia, la probabilidad de experimentar transiciones familiares, y elementos como la *performance* en el colegio y problemas de conducta.

No se han encontrado muchos estudios que hayan podido estudiar la conexión de causalidad entre cohabitación-matrimonio y el desarrollo y bienestar de los niños. Sabemos que parte de la correlación se debe a características diferentes entre las personas que cohabitan y las que están casadas. En Estados Unidos, por ejemplo, evidencia empírica descriptiva permite observar que en promedio estas parejas suelen estar en una peor posición socioeconómica, suelen ser más propensas a estar desempleadas, a

regresiones con controles –desventajas para los niños en hogares monoparentales, con padrastros y en familias ensambladas en comparación con aquellos en familias de padres casados-, el análisis con efectos fijos encuentra poca evidencia al respecto.

tener un nivel educativo inferior, a tener problemas mentales, y a tener una relación de peor calidad, todos elementos que contribuyen a mayores niveles de inestabilidad (McLanahan, 2004; Amato, 2005).

IV.4.3. Familias monoparentales¹⁹

Tanto para el mundo desarrollado como para los países en vías de desarrollo la evidencia empírica permite observar la existencia de una asociación marcada entre el bienestar de los niños y su crianza en un hogar monoparental. Estos resultados son consecuencia de una variedad de elementos. Por un lado, hay factores “mecánicos”: la presencia de dos adultos en un hogar implica en general el doble de recursos para ayudar en la crianza de los niños, tanto en términos financieros como con respecto al tiempo disponible. Asimismo, los hogares monoparentales suelen ser más frecuentes en el caso de individuos más jóvenes, menos educados, y de menores ingresos, con lo que más allá de las características no observables de estos padres, los niños en hogares monoparentales están en promedio en una situación peor.

Por otro lado, otros elementos influenciando los resultados de estos niños están relacionados con características inobservables de los padres en hogares monoparentales, como la motivación, el compromiso y el sentido de la responsabilidad. Esto no implica que todos los padres solteros estén menos motivados y sean menos responsables, pero sí que éstos pueden tener ciertas características que los seleccionan a encontrarse en este tipo de situación, y, a fin de cuentas, son esas características las que terminan afectando los resultados de los niños, y no el mero hecho de vivir en un hogar monoparental. Finalmente, es posible, aunque más difícil de verificar empíricamente, que la propia situación de monoparentalidad induzca comportamientos que resultan perjudiciales para los niños.

En la mayoría de los casos, son las madres quienes residen con sus hijos. Éstas suelen verse obligadas a incrementar sus cargas de trabajo remunerado y no remunerado, así como también su compromiso con la crianza del niño (Waldfogel et al., 2010). Así, una mujer soltera, particularmente si trabaja fuera del hogar, no tendrá tanto tiempo disponible para compartir con sus hijos en comparación con los padres en una familia casada, debiendo criarlos además sin la ayuda del otro padre biológico. Esto puede conllevar a una situación de sobrecarga emocional, de tareas y de responsabilidad (Waldfogel et al., 2010; Amato, 2005; Cherlin, 1992 citado en Brown, 2004).

En este sentido, Amato (2005) plantea que a muchos padres solteros puede resultarles difícil funcionar eficazmente en términos de la crianza de sus hijos. En Estados Unidos, por ejemplo, los hogares monoparentales parecieran estar positivamente correlacionados con elementos como la imposición de una menor cantidad de reglas, menores grados de supervisión, mayor dureza e inconsistencia con la disciplina, relaciones más conflictivas entre padres e hijos, y un menor soporte emocional (Thomson, McLanahan y Braun Curtin, 1992; Astone y McLanahan, 1991). Por su parte, a través de regresiones multivariadas, Demo y Acock (1996) encuentran correlaciones pequeñas pero significativas entre el hecho de ser madre soltera y la ocurrencia de episodios de depresión. Con esto, los niños viviendo en hogares monoparentales serían más propensos a estar expuestos a una mayor cantidad de situaciones de estrés (Amato, 2005).

¹⁹ Se considera familias monoparentales a aquellas en donde el/los niño/s vive/n únicamente con uno de los padres, con lo que las tareas de crianza y manutención recaen mayormente sobre un único adulto responsable.

Por otro lado, McLanahan y Percheski (2008) plantean que a pesar de que las mujeres solteras suelen trabajar más que las casadas, este incremento en las horas de trabajo no compensa totalmente la pérdida de ingreso de la pareja. Datos descriptivos de Estados Unidos y América Latina permite observar que las tasas de pobreza son sustancialmente más altas para las mujeres con niños en hogares monoparentales que para aquellas en hogares biparentales estables para todos los niveles de educación (Lundberg et al., 2016; Cerruti y Binstock, 2009). Siguiendo a Arraigada (2007), en América Latina las familias monoparentales con jefas mujeres se concentran en mayor medida entre los hogares de menores ingresos, como consecuencia del menor número de aportantes económicos y los menores salarios que en promedio reciben las mujeres en el mercado laboral. En el caso de Argentina en particular, los hogares monoparentales son particularmente vulnerables: en 2010, 83% tenía jefatura femenina y 70% estaba en los dos quintiles más bajos de la distribución del ingreso (Echeverría, 2019).

Datos para Estados Unidos permiten observar que el bienestar de los niños criados en hogares monoparentales es, en promedio, inferior que el de aquellos viviendo en hogares con dos padres (Mackay, 2005). En esta misma línea, y con datos descriptivos del estudio *Families and Children* en Gran Bretaña, Lyon, Barnes y Sweiry (2006) encuentran que los hogares monoparentales presentaban en 2006 peores niveles de salud y estados financieros que los biparentales. En el caso de América Latina, y utilizando regresiones con controles, Duryea y Robles (2016) encuentran que los adolescentes que conviven con ambos padres alcanzan mayores niveles educativos que aquellos en hogares monoparentales. En Ecuador, los niños que conviven con los dos padres tienen menor probabilidad de atrasarse en la escuela, de no estar al día con las vacunas y de sufrir problemas de crecimiento. Por su parte, en México se encuentra que mientras que entre los adolescentes de familias tradicionales la deserción escolar es igual a 9%, ésta asciende a 17,4% para aquellos en familias monoparentales con jefatura femenina (Pliego Carrasco, 2013).

Como sería de esperar, la evidencia de tipo causal es un poco más mixta que la evidencia en términos de correlaciones. Gennetian (2005) utiliza efectos fijos para hermanos (*siblings fixed effects*) estadounidenses de entre 5 y 10 años para estimar el efecto de la estructura familiar en los resultados cognitivos, y encuentra un efecto negativo pequeño al considerar el tiempo pasado en una familia monoparental. Finlay y Neumark (2010) estiman para jóvenes de entre 15 y 17 años en EEUU el efecto de crecer en un hogar monoparental sobre el abandono escolar utilizando las tasas de encarcelación de hombres como variable instrumental y no encuentran efectos significativos. Ayllón y Ferreira-Batista (2015) utilizan la preferencia masculina por primogénitos varones y la proporción local entre hombres y mujeres como instrumento de la probabilidad de una mujer de convertirse en madre soltera. Encuentran, para Brasil, que los niños criados por una madre soltera tienen menor estatura. Por último, utilizando una regresión de efectos aleatorios bidimensional y datos de países desarrollados europeos y de América del Norte, Kollmeyer (2013) observa asociaciones positivas entre las madres solteras y mayores niveles de inequidad.

Por otro lado, los datos también señalan efectos en términos de resultados escolares, medidas antropométricas de crecimiento y cuidado de la salud. Sin embargo, la evidencia causal en este caso es más escasa, con lo que no es posible distinguir si estos resultados están relacionados con el hecho de vivir en un hogar monoparental en sí o con las características de los padres en esos hogares.

Retomando un punto hecho anteriormente, la clave en términos del bienestar y desarrollo infantil no es la estructura del hogar per se, sino el funcionamiento del mismo. En este sentido, autores como Geldstein (1994) plantean, por ejemplo, que los hogares monoparentales con jefatura femenina constituyen

entornos más propicios para el bienestar de los niños que la convivencia en una familia completa en la que el padre no contribuye al presupuesto familiar, no se involucra en el cuidado de los hijos, y en la que incluso puede haber situaciones de violencia doméstica.

IV.5. Efectos de la inestabilidad familiar y transiciones

IV.5.1. Separación, divorcio y ausencia paterna

La evidencia empírica permite observar asociaciones negativas entre los niños de padres separados y/o divorciados y distintas medidas de bienestar. En comparación con los niños criados en familias biparentales estables, aquellos que experimentan la separación o el divorcio de sus padres son más propensos a presentar peores resultados en términos de indicadores de bienestar como ingresos, condiciones habitacionales, problemas de conducta, *performance* educativa, estado de salud, abandono escolar, abandono del hogar familiar, inicio temprano de relaciones sexuales, embarazo adolescente, depresión, consumo de cigarrillos, drogas y alcohol, autoestima y sociabilización, entre otros (Amato y Keith, 1991; Rodgers y Pryor, 1998). Sin embargo, no todas las situaciones de ruptura son iguales o responden a los mismos factores.

La literatura concuerda en que el elemento más importante a la hora de definir los resultados de los niños es el funcionamiento familiar, el cual dependerá de las características de los padres, la estructura familiar y el mayor o menor grado de estabilidad presente en el hogar. No es lo mismo un niño que experimenta sucesivas rupturas por parte de uno o ambos padres, y por ende múltiples transiciones, que uno cuyos padres sólo se separan/divorcian una vez. Tampoco es igual un niño cuyos padres se separan en malos términos y tras sucesivos conflictos, que uno que experimenta un divorcio tranquilo. En este sentido, muchas de las dificultades que se presentan en los resultados de los niños luego de un divorcio o una separación están en realidad más relacionadas con las características de esas transiciones, es decir lo que sucede antes y después de la ruptura, lo que depende en gran medida de las características de los padres y de la situación. Estos elementos serán analizados a continuación.

Luego de una ruptura de pareja y a medida que el niño crece, las contribuciones económicas y emocionales del padre no residente tienden a disminuir con el paso del tiempo (Mooney et al., 2009). En promedio, la calidad de la crianza y de las relaciones entre padres e hijos tiende a caer con la separación (Pryor y Rodgers, 2001; Mooney et al., 2009), lo que suele verse reflejado en la falta o disminución de calidez, soporte y compromiso por parte de los padres, así como también en cambios e inconsistencias en la disciplina, y fuertes cuotas de estrés para todos los involucrados, especialmente los niños.

Por otro lado, autores como McLanahan (2004) hacen referencia a la reducción en el acceso al capital social que provoca la ausencia de uno de los padres. En este sentido, siguiendo a Coleman (1988), el capital humano de los padres puede ser irrelevante en términos de los resultados de sus hijos si el contacto entre ambos -o el capital social- es bajo o inexistente. Asimismo, otros autores sugieren que el sentimiento de abandono, percibido o verdadero, consecuencia de la ausencia de uno de los padres, podría llegar a tener efectos psicológicos en los niños (Lamb, 1999; Thompson, 1986; Cabrera et al, 2000). En este sentido, datos descriptivos del estudio *Fragile Families and Child Wellbeing* en Estados Unidos, sugieren que los más propensos a sostener la relación económica y sentimental con sus hijos son los padres más educados, aquellos que se identifican con el rol de padre en mayor medida, y los que tienen una buena relación con la madre del niño (Lerman, 2010).

Más allá de divorcio o la separación en sí, hay autores que se centran en el conflicto previo a la ruptura de la pareja y los efectos de éste sobre los niños. Así, usando regresiones multivariadas y datos para Estados Unidos, Mechanic y Hansell (1989) encuentran una asociación positiva entre el nivel de conflicto familiar y factores como la depresión y ansiedad en la adolescencia. Utilizando una metodología similar, Peterson y Zill (1986) plantean una asociación positiva entre las disrupciones familiares y los problemas de comportamiento en los niños, siendo estos efectos más grandes cuanto mayor la cantidad de transiciones. Los autores sugieren efectos más leves si el niño continúa viviendo con el padre de su mismo sexo o cuanto mejor sea la relación con uno o ambos padres. Asimismo, ambos estudios encuentran que el conflicto entre padres en familias biparentales, especialmente si es persistente, puede ser igualmente dañino para el bienestar de estos niños.

Por su parte, utilizando información para Estados Unidos y un estimador en dos etapas para eliminar parcialmente la asociación entre la deserción no aleatoria y el bienestar infantil, Hanson (1999) encuentra resultados similares en términos de distintas medidas de bienestar. No obstante, el autor sugiere que el conflicto parental es sólo parcialmente responsable de esta asociación. En esta línea, siguiendo a Pronzato y Aassve (2019), las familias de padres separados pueden tener características inobservables que afectan de manera directa el desarrollo de los niños, más allá de la separación. En este sentido, utilizando el método de distribución de momentos, Amato y Sobolewski (2001) observan que los efectos negativos encontrados en el bienestar psicológico de los niños durante la adultez se diluyen cuando se controla por la calidad de la relación padre-hijo.

En términos de evidencia causal, la literatura provee abundantes estudios para este tipo de estructuras y transiciones familiares. Usando un *lagged dependent variable model* (modelo autorregresivo distribuido rezagado) y datos longitudinales de niños de 11 años en Estados Unidos y Gran Bretaña, Cherlin et al. (1991) estudian el efecto de la disolución de parejas casadas en los resultados de los niños en el corto plazo en términos de problemas de conducta y de *performance* en exámenes de lengua y matemática. Los autores encuentran efectos negativos del divorcio tanto para niños como para niñas en Gran Bretaña y sólo para niños en Estados Unidos. Sin embargo, estos resultados se atenúan de manera sustancial, principalmente para los varones, al controlar por el nivel de conflicto parental y los resultados de los niños al inicio de la encuesta y antes del divorcio.

Utilizando una estrategia similar y basados en información para niños estadounidenses de entre 5 y 8 años, Morrison y Coiro (1999) encuentran que la separación y el divorcio están asociados con problemas de conducta, más allá del nivel de conflicto entre los padres. Asimismo, la evidencia sugiere que en aquellos matrimonios que no se rompen, altos niveles de conflicto parental están asociados con un incremento aún mayor en los problemas de comportamiento del niño. Utilizando la misma metodología, Morrison y Cherlin (1995) encuentran que estos efectos son más fuertes en los varones, y sugieren que estos resultados pueden estar relacionados con la caída en el nivel socioeconómico consecuencia de la ruptura de la unión.

Usando efectos fijos individuales y datos longitudinales de estudio *Fragile Families and Child Wellbeing*, Cooper et al. (2011), examinan la asociación entre la exposición a situaciones de inestabilidad familiar en habilidades lingüísticas y problemas de comportamiento a los 5 años. Encuentran efectos negativos de las transiciones residenciales en las habilidades lingüísticas para todos los niños, y en los problemas de conducta para los varones. No observan efectos para los casos en los cuáles no había co-residencia. Utilizando un modelo de efectos fijos, Pronzato y Aassve (2019) encuentran que la separación de los

padres tiene efectos negativos pequeños en el comportamiento de los niños, y que estos efectos parecerían ser más fuertes dos años después de la separación. No encuentran efectos en medidas de desarrollo cognitivo.

Utilizando un modelo de *propensity score matching*²⁰ basado en información para Estados Unidos, Frisco, Muller y Frank (2007) encuentran una relación negativa significativa entre la disolución de parejas casadas o que cohabitaban y el promedio escolar y la aprobación de algunas materias de niños de entre 7 y 13 años. Sin embargo, no encuentran efectos en las notas de matemática. Estos resultados son muy similares a los obtenidos a través de mínimos cuadrados ordinarios.

Por su parte, Gruber (2004) utiliza el cambio en las leyes de divorcio en diferentes estados de Estados Unidos como variable instrumental para evaluar el impacto del divorcio en los resultados de los niños en la adultez. Los resultados indican asociaciones positivas entre el divorcio unilateral y elementos como el matrimonio temprano, el divorcio, el nivel educativo, el ingreso familiar y la probabilidad de suicidio de los niños en la adultez. Adicionalmente, los resultados sugieren que, en el caso de las mujeres, el divorcio de los padres también tiene efectos en la participación en el mercado laboral y el nivel de ingresos futuro. Los autores sugieren que el efecto podría ser consecuencia de cómo las nuevas facilidades para divorciarse afectan las decisiones de los individuos con respecto al matrimonio y el balance de poder dentro de las parejas casadas.

Por último, con datos de Estados Unidos, y comparando niños que crecen en hogares monoparentales con jefatura femenina como consecuencia del divorcio contra la muerte del padre, Biblarz y Gottainer (2000) encuentran que los hijos de madres divorciadas alcanzan en su adultez menores niveles educativos, peor estatus ocupacional y menores niveles de felicidad. Estos autores no encuentran diferencias significativas entre unas y otras madres en términos de modos de crianza, roles de género, valores familiares, religiosidad y cuidado de la salud, pero sí con respecto a su estatus ocupacional, estrés financiero y participación en el mercado laboral, sugiriendo que la posición socioeconómica de la familia es un factor clave en la determinación de los resultados de los niños.

En síntesis, la literatura que estudia los efectos de la inestabilidad y las transiciones familiares en el bienestar de los niños es amplia y tiene gran alcance causal. Lo recabado en este apartado sugiere que el tanto el divorcio o la separación, como el conflicto parental previo a la ruptura de la unión, o la inestabilidad posterior a esta, tienen efectos sobre el bienestar de los niños. Algunos de estos hallazgos están respaldados por evidencia de tipo causal, como es el caso de los problemas de conducta, la *performance* educativa y la estabilidad emocional. Sin embargo, la evidencia empírica sugeriría que estos efectos son más bien modestos, y que suelen intensificarse en la presencia de otros elementos, como el nivel de ingreso de la familia, el nivel de conflicto parental, el sexo del niño, y en los casos en los que hay co-residencia.

IV.5.2. Familias ensambladas

Muchas veces las separaciones o divorcios conllevan a la formación de una familia ensamblada. En estos casos, a pesar de que el hecho de volver a casarse o unirse en pareja puede implicar nuevas oportunidades en términos de recursos financieros, soporte emocional, compañía e intimidad sexual, entre otros

²⁰ Esta metodología suele ser discutida como un ejemplo de evidencia causal por su debilidad para realizar *matching* con respecto a inobservables.

(Carlson, 2018), la complejidad de las relaciones familiares podría contrarrestar estos efectos, principalmente como consecuencia de la inestabilidad que para los niños implica.

Thomson et al. (1992) sugieren para Estados Unidos que los padrastros suelen abstenerse de intervenir con respecto a los hijos de su pareja, mientras que Waldfogel et al. (2010) plantean que éstos suelen dedicarles menos tiempo que si fueran sus hijos biológicos, lo que podría resultar en un menor grado de cohesión familiar (Pryor y Rodgers, 2001 citado en Mackay, 2005). Asimismo, la entrada de una nueva figura paterna o materna podría confundir el *status quo* de autoridad dentro de la familia, además de que este nuevo miembro del hogar podría no ser tan bueno en el cuidado de los niños como los propios padres. Por su parte, la entrada de nuevos integrantes al hogar podría implicar la aparición de nuevas reglas y rutinas, así como también un acercamiento emocional entre éstos y los niños que podría generar conflictos con el padre biológico (Amato, 2005).

En este sentido, estudios descriptivos para Estados Unidos encuentran que los niños en familias ensambladas suelen exhibir resultados educativos similares a los de los niños en hogares monoparentales, pero peores en comparación con aquellos en familias de padres casados en primeras nupcias (Amato, 2005; Ginther y Pollak, 2004). Por su parte, también en Estados Unidos, estudios descriptivos plantean que los niños que viven en familias ensambladas formadas como resultado de una separación serían más propensos a experimentar otra transición de estas características, dado que las tasas de divorcio y separación son más altas que en familias biparentales estables (Cherlin y Fustenberg, 1994).

Con respecto a la evidencia de tipo causal, usando *siblings fixed effects* (efectos fijos para hermanos) y datos de niños estadounidenses de entre 5 y 10 años, Gennetian (2005) encuentra efectos negativos pequeños de vivir en una familia ensamblada con hermanastros en los resultados de *tests* cognitivos, aunque el tamaño y la significancia de estos resultados es menor que la observada a través de estimaciones de mínimos cuadrados ordinarios. Por su parte, utilizando la misma metodología y datos para niños de entre 12 y 18 años en Estados Unidos, Evenhouse y Reilly (2004) también encuentran efectos negativos sobre diferentes medidas de bienestar, como el promedio escolar.

La evidencia descriptiva y causal presentada en este apartado sugiere que crecer en una familia ensamblada con padrastros y/o hermanastros podría tener efectos negativos en los resultados educativos de los niños, al menos al compararlos con aquellos que crecen en familias de padres casados en primeras nupcias. Los mismos podrían ser consecuencia de la inestabilidad que la transición y la aparición de nuevas reglas y rutinas implica, del tiempo que se les dedica, o de cambios en la disciplina. Sin embargo, la evidencia causal en la materia es escasa, con lo que no es posible afirmar si estos efectos están únicamente relacionados con el hecho de vivir en una familia ensamblada en sí, o con otros factores, como la transición que esto implica.

V. Conclusión

La segunda transición demográfica trajo aparejada una serie de profundos cambios en las configuraciones familiares: reducción de los patrones de fertilidad, profundas modificaciones en la inserción laboral de la mujer, fuerte disminución del matrimonio y aumento de la cohabitación, aumento de las separaciones y divorcios, e incremento de los hogares monoparentales, entre otros. Estos movimientos, iniciados en

general en los países más desarrollados, también se observaron en regiones menos avanzadas, como América Latina, aunque con algunas diferencias.

Asimismo, estos cambios no se produjeron de manera uniforme. En particular, han estado fuertemente asociados a un gradiente socioeconómico. En términos de matrimonio y cohabitación, si bien en todos los niveles socioeconómicos se ven patrones fuertes de reducción y aumento respectivamente, estos se dieron con mucha más fuerza en los niveles socioeconómicos más bajos y de menor nivel educativo. Incluso los formatos tienen significados distintos: mientras que la cohabitación entre los más educados es considerada un prelude al matrimonio, entre aquellos menos educados pasó a ser el formato más habitual de pareja. También la inestabilidad familiar, asociada a separaciones y divorcios ha aumentado significativamente más en los niveles menos aventajados. Por último, si bien el nacimiento de los hijos por fuera del matrimonio se ha visto incrementado en todos los niveles socioeconómicos de manera sustancial, esto ha sido mucho más fuerte entre las familias menos educadas. En consecuencia, mientras que muchos de estos cambios implicaron mejoras en el bienestar de las familias más educadas y de mayores ingresos, entre las familias más desaventajadas estos cambios significaron muchas veces situaciones de mayor inestabilidad y peores condiciones económicas.

Esto implica que los niños están creciendo en el seno de estructuras familiares bien diversas, asociadas a un gradiente socioeconómico que parece tener consecuencias positivas en muchos casos entre las familias más educadas, en tanto que para los menos aventajados esto implica acceso a una menor cantidad de recursos de distinto tipo. Estos niños tienen mayores probabilidades de tener padres más jóvenes, que cohabiten, o en donde la madre lidere sola el hogar y el contacto con el padre sea escaso. También se enfrentan de manera más frecuente a situaciones de fuerte inestabilidad y rearmados de las estructuras familiares. Esto es relevante, dado que la literatura indica que lo que ocurre en el seno familiar y, especialmente, a edades muy tempranas, tiene profundos efectos en la vida futura de los niños, generando “destinos divergentes”.

La evidencia recogida en este trabajo es muy sugestiva, pero sin duda múltiples estudios son necesarios para avanzar en la comprensión de las estructuras de los hogares en distintos segmentos socioeconómicos y su efecto sobre el desarrollo y el bienestar de las personas. Esta necesidad es aún mayor para los países de América Latina y para la Argentina en particular, en donde la información sobre dinámicas de estructura familiar resulta escasa. Estudiar fenómenos tales como los patrones de convivencia de las parejas y su relación con el matrimonio, la inestabilidad de las parejas y la propagación de familias ensambladas requiere de información de actualización periódica. Si bien algunas de estas cuestiones se pueden abordar con encuestas de hogares ya existentes en muchos países (como la Encuesta Permanente de Hogares en Argentina) muchas otras deben esperar a los censos nacionales que se producen como mínimo cada diez años. Por otro lado, también es muy importante contar con información sobre los modos de ejercer la paternidad y la maternidad, tanto en términos de tiempo dedicado, prácticas de crianza, niveles de estimulación, y recursos (no necesariamente monetarios), entre otros. En particular, dado lo encontrado para otros países, sería muy relevante contar con información sobre el vínculo entre padres e hijos cuando la figura masculina no reside en el hogar.

Finalmente, para comprender cabalmente los mecanismos des-igualadores que potencialmente producen “destinos divergentes” en la Argentina, sería necesario poder vincular los factores y dinámicas mencionados con los resultados en la vida de los niños, tanto en el corto plazo (medidas antropométricas, resultados cognitivos, habilidades socio-emocionales) como en el mediano (conductas de riesgo en la

adolescencia, niveles educativos alcanzados, paternidad precoz) y largo plazo (salud en la vida adulta, empleo, ingreso). Si bien existen algunos esfuerzos por proveer este tipo de información, los mismos suelen ser aislados, parciales y esporádicos. Las severas implicancias de estos “destinos divergentes” requieren un esfuerzo integral en la producción de información que permita comprender mejor los mecanismos y dinámicas y así mejorar el diseño de las políticas públicas destinadas a nivelar el campo de juego.

Referencias

Adrogué, C., Anauati, V., y Tommasi, M. (próximo a aparecer). Las desigualdades educativas: mecanismos y evidencia internacional y para el caso argentino. Mimeo. Centro de Estudios para el Desarrollo Humano, Universidad de San Andrés.

Aizer, A. (2011). Poverty, Violence and Health: The Impact of Domestic Violence during Pregnancy on Newborn Health. *Journal of Human Resources*, 46(3), 518-538.

Aizer, A., Stroud, L., y Buka, S. (2016). Maternal Stress and Child Outcomes: Evidence from Siblings. *Journal of Human Resources*, 51(3), 523-555.

Allison, P., D., y Furstenberg, F., F., Jr. (1989). How Marital Dissolution Affects Children: Variations by Age and Sex. *Developmental Psychology*, 25(4), 540-549.

Almond, D., Currie, J., y Duque, V. (2016). Childhood Circumstances and Adult Outcomes: Act II. *Journal of Economic Literature*, 56(4), 1360-1446.

Amadeo, E. (2019). *Familia Líquida. Reflexiones sobre los Nuevos Vínculos Familiares*. Buenos Aires, Argentina: Galerna.

Amato, P., R. (2005). The Impact of Family Formation Change on the Cognitive, Social, and Emotional Well-Being of the Next Generation. *The Future of Children*, 15(2), 75-96.

Amato, P., R., y Keith, B. (1991). Consequences of Parental Divorce for Children's Well-Being: A Meta-Analysis. *Psychological Bulletin*, 10, 26-46.

Amato, P., R., y Sobolewski, J., M. (2001). The Effects of Divorce and Marital Discord on Adult Children's Psychological Well-Being. *American Sociological Review*, 66(6), 900-921.

Andersson, G., Thomson, E., y Duntava, A. (2017). Life-table representations of family dynamics in the 21st century. *Demographic Research*, 37(35), 1081-1230.

Arraigada, I. (2007). Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina. En

I. Arraigada (Ed.), *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros* (pp. 125-152). Santiago de Chile, Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Ashcraft, A., y Lang, K. (2006). The Consequences of Teenage Childbearing. National Bureau of Economic Research, Working Paper No 12485.

Astone, N., M., y McLanahan, S. (1991). Family Structure, Parental Practices and High School Completion. *American Sociological Review*, 56(3), 309-320.

Autor, D., y Wasserman, M. (2013). *Wayward Sons: The Emerging Gender Gap in Labor Markets and Education*. Third Way Report.

Ayllon, S., y Ferreira-Batista, N., N. (2015). Mommy, I miss daddy'. The effect of family structure on children's health in Brazil. *Economics and Human Biology*, 19, 75–89.

Azevedo, J., P., Favara, M., Haddock, S., E., Lopez-Calva, L., F., Müller, M., y Perova, E. (2012). Embarazo Adolescente y Oportunidades en América Latina y el Caribe. Sobre Maternidad Temprana, Pobreza y Logros Económicos. Washington, DC: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, Banco Mundial.

Becker, G., S. (1981). *A treatise on the family*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Berlinski, S. (2015). La familia primero. En S. Berlinski y N. Schady (Ed.), *Los primeros años. El bienestar infantil y el papel de las políticas públicas* (pp. 59-94). Serie Desarrollo en las Américas. Washington, DC: Banco Interamericano de Desarrollo.

Berlinski, S., y Espinoza, R. (2017). Un buen comienzo: el desarrollo de habilidades en la primera infancia. M. Busso, J. Cristia, D. Hincapié, J. Messina, L. Ripani (Ed.), *Aprender mejor. Políticas públicas para el desarrollo de habilidades* (pp. 143-168). Washington, DC: Banco Interamericano de Desarrollo.

Biblarz, T., J., y Gottainer, G. (2000). Family Structure and Children's Success: A Comparison of Widowed and Divorced Single-Mother Families. *Journal of Marriage and Family*, 62(2), 533- 548.

Binstock, G., P. (2004). Cambios en las pautas de formación y disolución de la familia entre las mujeres de la Ciudad de Buenos Aires. *Población de Buenos Aires*, 1(0), 8-15.

Brown, S., L. (2004). Family Structure and Child Well-Being: The Significance of Parental Cohabitation. *Journal of Marriage and Family*, 66(2), 351-367.

Bucheli, M. (2003). Transferencias y visitas entre hijos y padres no corresidentes. Documento 02/03. Montevideo, Uruguay: Universidad de la República.

Bucheli, M., Cabella, W., Peri, A., Piani, G., y Vigorito, A. (2002). Sistematización de resultados. Encuesta sobre Situaciones Familiares y Desempeños Sociales de las mujeres en Montevideo y el Área Metropolitana, 2001. Documento 16/02. Montevideo, Uruguay: UNICEF y Universidad de la República.

Cabrera, N., J., Tamis-LeMonda, C., S., Bradley, R., H., Hofferth, S., y Lamb, M., E. (2000). Fatherhood in the Twenty-First Century. *Child Development*, 71(1), 127-136.

Calder, G. (2018). Social justice, single parents and their children. En R. Nieuwenhuis y L. C. Maldonado (Eds.). *The triple bind of single-parent families* (pp. 421-436). Bristol, Reino Unido: Policy Press.

Carlson, M. (2018). Families Unequal: Socioeconomic Gradients in Family Patterns across the United States and Europe. En Cahn et al. (Ed.), *Unequal Family Lives. Causes and Consequences in Europe and the Americas* (pp. 21-39). Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Carlson, M., y McLanahan, S. (2004). Early father involvement in fragile families. In R. D. Day and

M. E. Lamb (Eds.). *Conceptualizing and measuring father involvement* (pp. 241–271). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.

Carlson, M., y Corcoran, M., E. (2001). Family structure and children's behavioral and cognitive outcomes. *Journal of Marriage and Family*, 63(3), 779–792.

Casey, L. (2012). *Listening to Troubled Families*. Londres, Reino Unido: Department for Communities and Local Government.

Castro, M., T. (2001). Matrimonios sin papeles en Centroamérica: persistencia de un sistema dual de nupcialidad. En L. Rosero (Ed.). *Población del Itsmo 2000: familia, migración, violencia y medio ambiente* (pp. 41-66). San José, Costa Rica: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.

Castro, M., T. (2002). Consensual unions in Latin America: Persistence of a dual nuptiality system. *Journal of Comparative Family Studies*, 33(1), 35-55.

CEPAL y UNICEF. (2007). *Maternidad adolescente en América Latina y el Caribe: tendencias, problemas y desafíos*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.

Cerrutti, M., y Binstock, G. (2009). *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*. Serie Políticas Sociales. Santiago de Chile, Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Cherlin, A., J., y Furstenberg, F., F., Jr. (1994). Stepfamilies in the United States: A Reconsideration. *Annual Review of Sociology*, 20, 359-381.

Cherlin, A., J., Furstenberg, F., F., Chase-Lansdale, P., L., Robins, P., K., Morrison, D., R., Tietler, J., O. (1991). Longitudinal studies of effects of divorce on children in Great Britain and the United States. *Science*, 252, 1386–89.

Copen, C., E., Daniels, K., y Mosher, W., D. (2013). First Premarital Cohabitation in the United States: 2006–2010 National Survey of Family Growth. *National Health Statistics Report*, 64.

Cooper, C., Osborne, C., Beck, A., McLanahan, S. (2011). Partnership instability, school readiness, and gender disparities. *Social Education*, 84:246.

Currie, J., y Moretti, E. (2003). Mother's Education and the Intergenerational Transmission of Human Capital: Evidence from College Openings. *The Quarterly Journal of Economics*, 118(4), 1495-1532.

Dahl, G., Løken, K.,V., Mogstad, M., y Salvanes, K. (2016). What is the Case for Paid Maternity Leave? *Review of Economics and Statistics*, 98(4), 655-670.

Danzer, N., y Lavy, V. (2018). Paid Parental Leave and Children's Schooling Outcomes. *Economic Journal*, 128(608), 81-117.

Demo, D., H., y Acock, A., C. (1996). Singlehood, marriage, and remarriage: The effects of family structure and family relationships on mothers' well-being. *Journal of Family Issues*, 17, 388-407.

Duryea, S., y Robles, M. (2016). *Pulso social de América Latina y el Caribe: realidades y perspectivas*. Banco Inter-Americano de Desarrollo.

- Echeverría, L., Menon, M., Perali, F., y Berges, M. (2019). Intra-Household Inequality and Child Welfare in Argentina. Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales (CEDLAS).
- Edin, K., y Kefalas, M. (2005). *Promises I Can Keep: Why Poor Women Put Motherhood before Marriage*. Berkeley, Estados Unidos: University of California Press.
- Esteve, A., y Florez-Paredes, E. (2018). Families in Latin America Dimensions, Diverging Trends, and Paradoxes. En Cahn et al. (Ed.), *Unequal Family Lives. Causes and Consequences in Europe and the Americas* (pp. 40-65). Cambridge, United Kingdom: Cambridge University Press.
- Evenhouse, E., y Reilly, S. (2004). A sibling study of stepchild well-being. *Journal of Human Resources*, 39, 248–76.
- Finlay, K., y Neumark, D. (2010). Is marriage always good for children? Evidence from families affected by incarceration. *Journal of Human Resources*, 45(4), 1046–88.
- Frisco, M., L., Muller, C., y Frank, K. (2007). Parents' union dissolution and adolescents' school performance: comparing methodological approaches. *Journal of Marriage and Family*, 69, 721– 41.
- Gabrielli, M., F., y Serio, M. (2017). Testing assortative mating: evidence from Argentina. *Revista de Análisis Económico*, 32(2), 109-129.
- Ganguli, I., Hausmann, R., y Viarengo, M. (2014). Marriage, education and assortative mating in Latin America. *Applied Economics Letters*, 21(12), 806-811.
- García, B., y Rojas, O. (2004). Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género. Cepal/Celade.
- Gasparini, L., y Marchionni, M. (2017). Bridging Gender Gaps? The Rise and Deceleration of Female Labor Force Participation in Latin America: An overview. Montevideo: Center for Distributive, Labor, and Social Studies (CEDLAS).
- Geldstein, R. (1994). Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires. En C. H. Wainerman (Ed.), *Vivir en familia* (pp. 143-182). Buenos Aires, Argentina: UNICEF/LOSADA.
- Gennetian L. (2005). One or two parents? Half or step siblings? The effects of family composition on young children's achievement. *Journal of Population Economics*, 18(3), 415–36.
- Ginther, D., K., y Pollak, R., A. (2004). Family Structure and Children's Educational Outcomes: Blended Families, Stylized Facts, and Descriptive Regressions. *Demography*, 41(4), 671-96.
- Goldin, C. (2006). The Quiet Revolution That Transformed Women's Employment, Education, and Family. *American Economic Review*, 96(2), 1-21.
- Gruber, J. (2004). Is making divorce easier bad for children? The long-run implications of unilateral divorce. *Journal of Labor Economics*, 22(4), 799–833.
- Guryan, J., Hurst, E., y Kearney, M. (2008). Parental Education and Parental Time with Children. *The Journal of Economic Perspectives*, 22(3), 23-46.

- Hanson, T., L. (1999). Does Parental Conflict Explain Why Divorce is Negatively Associated with Child Welfare? *Social Forces*, 77(4), 1283-1316.
- Heckman, J., y Masterov, D., V. (2007). The Productivity Argument for Investing in Young Children. *Review of Agricultural Economics*, 29(3), Pages 446–493.
- Heckman, J. y Mosso, S. (2014). The Economics of Human Development and Social Mobility Annual Review of Economics, Vol. 6, pp. 689-733.
- Institute for Research on Poverty. (2014). Family Change: It's Complicated. University of Wisconsin-Madison.
- Hart y Risley. (2003). The Early Catastrophe: The 30 Million Word Gap by Age 3.
- Härkönen, J. (2017). Diverging Destinies in International Perspective: Education, Single Motherhood, and Child Poverty. Stockholm University Linnaeus Center on Social Policy and Family Dynamics in Europe (SPaDE), Working Paper 2017: 04.
- Holden, K., C., y Smock, P., J. (1991). The economic costs of marital dissolution: Why Do Women Bear a Disproportionate Cost? *Annual Review of Sociology*, 17, 51-78.
- Hotz, V., J., Williams McElroy, S., y Sanders, S., G. (2005). Teenage Childbearing and Its Life Cycle Consequences: Exploiting a Natural Experiment. *The Journal of Human Resources*, 40(3), 683- 715.
- Jelin, E. (2005). Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas. Buenos Aires, Argentina: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Joshi, H., Cooksey, E., C., Wiggins, R., D., McCulloch, A., Verropoulou, G., y Clarke, L. (1999). Diverse family living situations and child development: a multilevel analysis comparing longitudinal evidence from Britain and the United States. *Education, family and population dynamics. International Journal of Law, Policy and the Family*, 13, 292-314.
- Kalil, A., y Ryan, R., M. (2010). Mothers' Economic Conditions and Sources of Support in Fragile Families. *The Future of Children*, 20(2), 39-61.
- Katz, L., F., y Autor, D., H. (1999). Changes in the Wage Structure and Earnings Inequality. En O. Ashenfelter y D. Card (Eds.), *Handbook of Labor Economics*, 3 (pp. 1463–1555). New York: North- Holland.
- Kennedy, S., y Bumpass, L. (2008). Cohabitation and children's living arrangements: New estimates from the United States. *Demographic Research*, 19(47), 1663-1692.
- Kollmeyer, C. (2013). Family Structure, Female Employment, and National Income Inequality: A Cross National Study of 16 Western Countries. *European Sociological Review*, 29(4), 816-827.
- Lamb, M., E., y Tamis-LeMonda, C., S. (2004). The Role of the Father: An Introduction. En M. E. Lamb (Ed.), *The role of the father in child development* (p. 1–31). John Wiley & Sons Inc.
- Lerman, R., I. (2010). Capabilities and Contributions of Unwed Fathers. *The Future of Children*, 20(2), 63-85.

- Lesthaeghe, R. (2010). The Unfolding Story of the Second Demographic Transition. *Population and Development Review*, 36(2), 211-251.
- Livingston, G. (2014). Fewer than half of U.S. kids today live in a 'traditional' family. Pew Research Center.
- López Boo, F., Cubides Mateus, M., Sorio, R., Garibotto, G., y Berón, C. (2018). Medición de la Calidad del Entorno Familiar de los Niños Pequeños en Uruguay: Gradientes Socioeconómicos en el Inventario HOME. Nota Técnica del BID N° IDB-TN-1550.
- Lundberg, S., Pollak, R., A., y Stearns, J. (2016). Family Inequality: Diverging Patterns in Marriage, Cohabitation, and Childbearing. *The Journal of Economic Perspectives*, 30(2), 79-101.
- Lyon, N., Barnes, M., Sweiry, D. (2006). Families with children in Britain: Findings from the 2004 Families and Children Study (FACS). Research Report Series, 340. Londres, Gran Bretaña: Department for Work and Pensions.
- Mackay, R. (2005). The impact of family structure and family change on child outcomes: a personal reading of the research literature. *Social Policy Journal of New Zealand*, 24, 111-133.
- Magnuson, K., y Berger, L., M. (2009). Family structure states and transitions: associations with children's well-being during middle childhood. *Journal of Marriage and Family*, 71, 575-91.
- Manning, W., D. (2013). Trends in Cohabitation: Over Twenty Years of Change, 1987-2010. Family Profiles, National Center for Family and Marriage Research.
- Marchionni, M., Gasparini, L., y Edo, M. (2019). Brechas de género en América Latina. Un estado de situación. Caracas: CAF.
- Mare, R., D. (1991). Five Decades of Educational Assortative Mating. *American Sociological Review*, 56(1), 15-32.
- Martin, J., A., Hamilton, B., E., Osterman, M., J., K., Driscoll, A., K. (2019). Births: Final Data for 2018. National Vital Statistics Reports, 68(13).
- Martin, S., P. (2004). Growing Evidence for a "Divorce Divide"? Education and Marital Dissolution Rates in the U.S. since the 1970s. Working Paper. New York, Estados Unidos: Russell Sage Foundation.
- McLanahan, S. (2004). Diverging Destinies: How Children Are Faring Under the Second Demographic Transition. *Demography*, 41(4), 607-627.
- McLanahan, S. (2010). Family instability and complexity after a nonmarital birth: Outcomes for children in fragile families. *Social Class and Changing Families in an Unequal America*, 108-133.
- McLanahan, S., Garfinkel, I., Mincy, R., B., y Donahue, B. (2010). Introducing the Issue. *The Future of Children*, 20(2), 3-16.
- McLanahan, S., y Percheski, C. (2008). Family Structure and the Reproduction of Inequalities. *The Annual Review of Sociology*, 34, 257-276.
- McLanahan, S., Tach, L., y Schneider, D. (2013). The Causal Effects of Father Absence. *Annual Review of Sociology*, 39, 399-427.

- Mechanic, D., y Hansell, S. (1989). Divorce, Family Conflict, and Adolescents' Well-Being. *Journal of Health and Social Behavior*, 30(1), 105-116.
- Mooney, A., Oliver, C., y Smith, M. (2009). *Impact of Family Breakdown on Children's Well-Being*. Institute of Education, University of London.
- Morrison, D., R., y Cherlin, A., J., S. (1995). The divorce process and young children's well-being: a prospective analysis. *Journal of Marriage and Family*, 57, 800–12.
- Morrison, D., R., y Coiro, M., J. (1999). Parental conflict and marital disruption: Do children benefit when high conflict marriages are dissolved? *Journal of Marriage and Family*, 61, 626–37.
- Pantelides, E., A., y Binstock, G. (2007). La fecundidad adolescente en la Argentina al comienzo del Siglo XXI. *Revista Argentina de Sociología*, 5(9), 24-43.
- Payne, K., K. (2013). *Children's Family Structure, 2013*. Family Profiles, National Center for Family y Marriage Research.
- Perelli-Harris, B., y Lyons-Amos, M. (2016). Partnership Patterns in the United States and across Europe: The Role of Education and Country Context. *Social Forces*, 95(1), 251–282.
- Persson, P., y Rossin-Slater, M. (2016). Family Ruptures and Intergenerational Transmission of Stress. Forthcoming at the *American Economic Review*.
- Peterson, J., L., y Zill, N. (1986). Marital Disruption, Parent-Child Relationships, and Behavior Problems in Children. *Journal of Marriage and Family*, 48(2), 295-307.
- Pliego Carrasco, F. (2013). *Tipos de familia y Bienestar de Niños y Adultos. El debate cultural del siglo XXI en 13 países democráticos*. Ciudad de México: Consejo Editorial H. Cámara de Diputados.
- Pronzato, C., y Aassve, A. (2019). Parental breakup and children's development: the role of time and of post-separation conditions. *Review of Economics of the Household*, 17, 67–87.
- Ratcliffe, C., y McKernan, S. (2012). *Child Poverty and Its Lasting Consequence. Low-Income Working Families*. Paper 21. The Urban Institute.
- Rodríguez Vignoli, J., A. (2004). Cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión o diversidad? *Papeles de población*, 10(4),
- Rodríguez Vignoli, J. (2014). Fecundidad adolescente en América Latina: una actualización. En S. Cavenaghi y W. Cabella (Eds.), *Comportamiento reproductivo y fecundidad en América Latina: una agenda inconclusa*. Serie e-Investigaciones, 3, Río de Janeiro: ALAP.
- Rodgers, B., y Pryor, J. (1998) *Divorce and Separation: The Outcomes for Children*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- Rofman, R. (2020). La reciente declinación de la fecundidad en Argentina. Una primera mirada a las tendencias, causas e impactos. *Notas de Desarrollo Humano en Argentina, Paraguay & Uruguay*.
- Sawhill, I., V. (2014). *Generation Unbound: Drifting into Sex and Parenthood without Marriage*. Washington: Brookings Institution Press.

- Schwartz, C., R. (2013). Trends and Variation in Assortative Mating: Causes and Consequences. *Annual Review of Sociology*, 39, 451-470.
- Smock, P., J., y Manning, W., D. (2004). Living Together Unmarried in the United States: Demographic Perspectives and Implications for Family Policy. *Law and Policy*, 26, 87-117.
- Stevenson, B., y Wolfers, J. (2007). Marriage and Divorce: Changes and their Driving Forces. *Journal of Economic Perspectives*, 21(2), 27-52.
- Taylor, P., Fry, R., Cohn, D., Wang, W., Velasco, G., Dockterman, D. (2010). Women, Men and the New Economics of Marriage. Technical Report, Pew Research Center.
- Thomas, A., y Sawhill, I. (2005). For Love and Money? The Impact of Family Structure on Family Income. *The Future of Children*, 15(2), 57-74.
- Thomson, E., Hanson, T., L., y McLanahan, S. (1994). Family Structure and Child Well-Being: Economic Resources vs. Parental Behaviors. *Social Forces*, 73(1), 221-242.
- Thomson, E., y McLanahan, S. (2012). Reflections on "Family Structure and Child Well-Being: Economic Resources vs. Parental Socialization". *Social Forces*, 91(1), 45-53.
- Thomson, E., S., McLanahan, S., y Curtin, R., B. (1992). Family Structure, Gender and Parental Socialization. *Journal of Marriage and the Family*, 54, 368-378.
- Thomson, E., Lappegård, T., Carlson, M., Evans, A., y Gray, E. (2014). Childbearing Across Partnerships in Australia, the United States, Norway, and Sweden. *Demography*, 51, 485-508.
- Urdinola, B., P., y Ospino, C. (2015). Long-term consequences of adolescent fertility: The Colombian case. *Demographic Research*, 32(55), 1487-1518.
- van de Kaa, D., J. (1987). Europe's Second Demographic Transition. *Population Bulletin*, 42(1).
- van de Kaa, D., J. (2001). Postmodern Fertility Preferences: From Changing Value Orientation to New Behavior. *Population and Development Review*, 27, 290-331.
- Velázquez Battistessa, C. (2014). El Impacto de la Educación sobre la Fecundidad Adolescente: Evidencia de la Ley Federal de Educación en Argentina. XLIX Reunión Annual, Asociación Argentina de Economía Política.
- Wainerman, C. (2005). La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada? Buenos Aires: Editorial Lumiere.
- Waldfoegel, J., Craigie, T., y Brooks-Gunn, J. (2010). Fragile Families and Child Wellbeing. *The Future of Children*, 20(2), 87-112.
- Zaidi, B., y Morgan, S., P. (2017). The Second Demographic Transition Theory: A Review and Appraisal. *Annual Review of Sociology*, 43, 473-492.